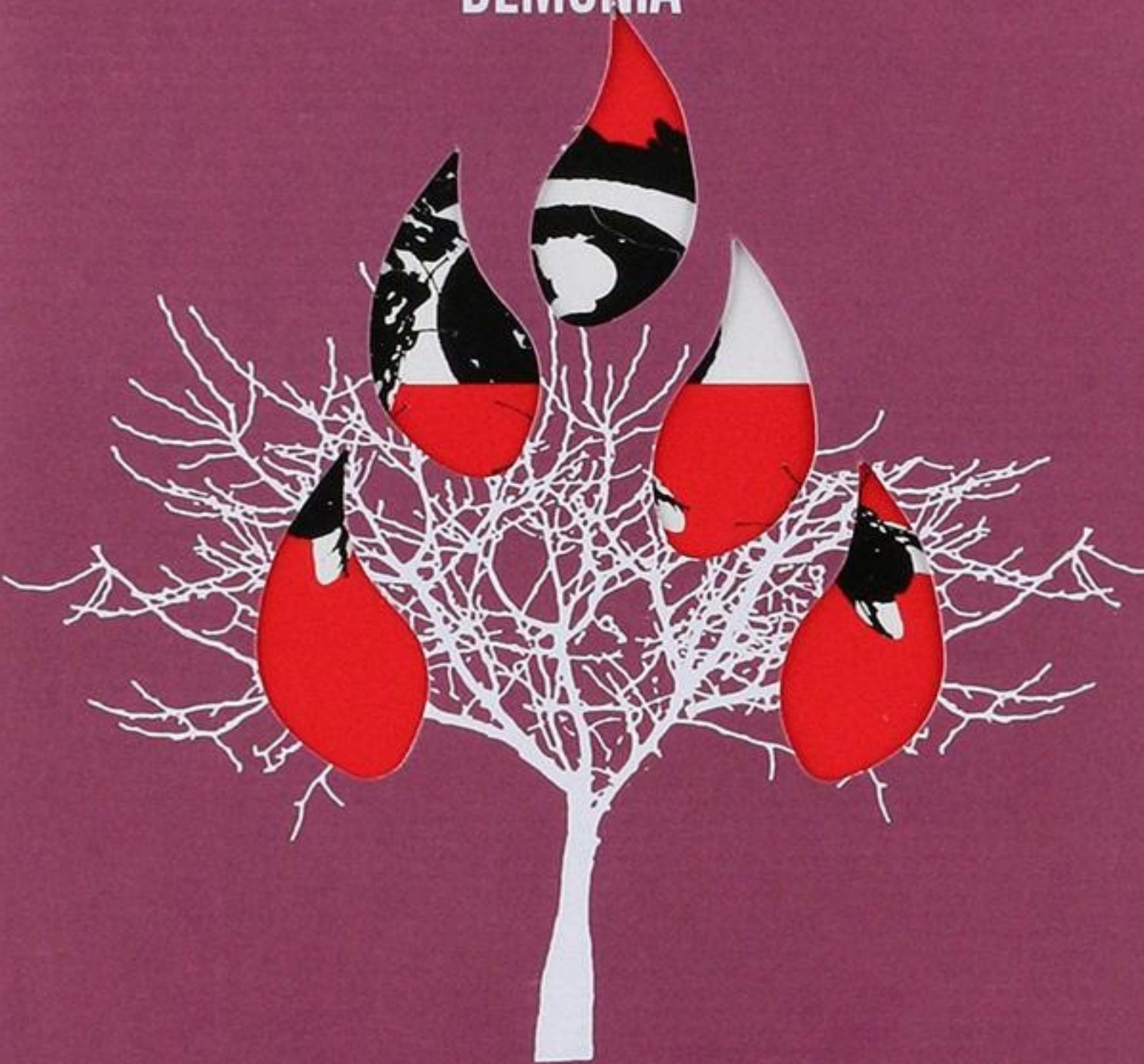


BERNARDO ESQUINCA

DEMONIA



Lectulandia

Un hombre está convencido de que las moscas forman una legión infernal y buscan exterminarlo.

La fantasmagórica sombra que espía el sueño de una joven pareja es el heraldo de una antigua maldición caribeña. Un asesino secuestra niños para torturarlos, copiando el estilo de un famoso criminal del siglo xv. Extraños seres cuyas apariciones están supuestamente relacionadas con las desgracias que ocurren en el mundo. Un grupo de amigos se enfrenta al recuerdo de la posesión satánica que desequilibró sus vidas veinte años atrás.

Demonia ofrece nueve relatos que recorren el amplio espectro de nuestras pesadillas y temores más arraigados. Conforme se adentre en el libro, el lector encontrará obsesiones y enigmas recurrentes con los que este autor infecta cada historia. Las formas subterráneas de los relatos nacen de las zonas oscuras de la experiencia, para volverse una forma ambigua del conocimiento. Y el mal —abstracto, sobrenatural, mítico— se presenta como un contagio del espíritu: virus perverso que potencia las pulsiones de nuestro lado oscuro. En *Demonia*, Bernardo Esquinca evidencia el dominio del oficio y se confirma como un autor de primera fila en el género de terror.

Lectulandia

Bernardo Esquinca

Demonia

ePub r0.1

Titivillus 10.12.17

Título original: *Demonia*
Bernardo Esquinca, 2011

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Cuando todo el mundo está en guerra, un inventor de fantasías es, el cielo
lo sabe, una despreciable criatura.*
ARTHUR MACHEN

MOSCAS

CINTA 1

Usted sabe, doctor, para la mayoría de la gente las moscas son sólo eso: moscas. Algo que espantar con la mano cuando ronda nuestra cabeza o un plato de comida. Pero se equivocan. Son seres superiores, capaces de fornicar mientras vuelan, y con decenas de ojos que nos vigilan desde cualquier ángulo. Usted no lo sabe, pero esos bichos han estado en guerra con nuestra especie desde el principio de los tiempos. Con cada nuevo insecticida que promete acabarlas, ellas se vuelven más resistentes. ¿Le doy un dato para contar en la próxima cena de trabajo o con amigos? Aunque, le advierto, no es agradable, y tal vez provoque un silencio incómodo en la mesa. Adoro los silencios incómodos, ¿usted no, doctor? Todo lo que implican. Llenan el vacío con la fuerza de las palabras no dichas. Porque lo que no se dice a veces es más inquietante. Pero me desví del tema... Este sofá es tan cómodo que permite las divagaciones, debería pensar en cambiarlo. El dato: las moscas han matado más seres humanos que todos los conflictos bélicos juntos. Estamos en guerra, le decía. Y no hay manera de que la podamos ganar: nos llevan millones de años de experiencia. Cuando nuestros ancestros las pintaron en las cuevas de Lascaux, las moscas ya eran dueñas de la Tierra... ¿Sorprendido? Todo el mundo aprecia los bisontes, ciervos y caballos registrados con maestría primigenia en las paredes de la gruta francesa, pero también hay bichos. Eso fue en el paleolítico. Desde entonces no hemos hecho más que mantenerlas a raya. Y eso es un decir, porque en realidad las convocamos permanentemente a nuestro lado. Ochenta por ciento de la población mundial vive en medio de sus propias deyecciones... Me gusta esa palabra: *deyecciones*. Es magnética, ¿no le parece, doctor?

Lo cierto es que no hemos abandonado la Edad Media. Las moscas aman la mierda, y esta ciudad huele a mierda. No le hablaré de las pilas de basura que amontonamos en cada esquina, ni de los desechos que se acumulan en mercados, parques y aceras. Hablemos de mierda. ¿Me creería si le dijera que una mañana vi correr sobre la Alameda un nauseabundo río de excrementos? Se deslizaba de una alcantarilla interior hacia el arroyo de la calle. Y sólo había dos opciones: sortear los automóviles que pasaban por la avenida Hidalgo o esquivar los mojones flotantes. Esas son las alternativas a las que esta urbe nos orilla, doctor. Las moscas florecen en

la mierda y nosotros les hemos sembrado un jardín de veinte millones de intestinos.

CINTA 2

Por supuesto que les doy caza, doctor, incansablemente. Desde niño, aunque entonces no era consciente de su poder y de sus —nunca mejor dicho— negras intenciones. ¿Sabe lo que hacía? Iba por la casa con una pistola de ligas y les daba muerte como un eficaz pistolero del Viejo Oeste. Mis padres veían un insano entretenimiento en ello, pero yo sentía que cumplía una misión. Por fortuna, nunca me lo prohibieron, aunque sospecho que mi conducta era motivo de conversaciones en voz baja en su cama después de que apagaban la luz. Mis hermanos —todos mayores que yo— estaban muy ocupados en sus trabajos o preparando agotadores exámenes universitarios, y no le dieron mayor importancia a la obsesión que crecía en mí. Los hijos menores, los llamados *benjamines*, estamos más expuestos a las peligrosas fantasías que germinan en la soledad. Eso usted lo sabe bien. Tan poca atención y en cambio demasiadas ocurrencias que se van acumulando... Como un frasco lleno de moscas. Curiosa metáfora, ¿no le parece?

He matado muchas de ellas, más que cualquier otro ser humano que no se dedique a ello de manera profesional. Y sé que mi aportación en esta guerra perdida es inútil. Pero dígame una cosa: si un ejército enemigo invadiera sus tierras y amenazara su propiedad, ¿no combatiría hasta el último aliento? Y aún más: si una horda de asesinos amenazara a sus hijos, ¿se quedaría de brazos cruzados sólo por el simple hecho de que el rival lo supera en número? Yo no tengo hijos, es cierto, y las pocas parejas que he tenido no supieron entender mi cruzada. En la oficina intenté formar un Club de Amigos Exterminadores de Moscas, pero fracasé. Al principio, mis compañeros de trabajo me miraron divertidos, pero cuando comencé a insistir en el tema, me dieron la espalda. Recibí incluso un memorándum del jefe pidiéndome que «pusiera fin de inmediato a una iniciativa tan absurda como perjudicial para el ambiente de trabajo». Así que estoy solo en esto, ¿se da cuenta, doctor? A veces pienso que es mejor así. Dejar al resto de la humanidad a merced de su propia ignorancia.

CINTA 3

¿Sabía usted, doctor, que en Tuxtla Gutiérrez hay una fábrica de moscas construida por los gringos? No me extraña, es un dato poco difundido. Pero yo estuve ahí, y es un lugar impresionante. Puede visitarse, siempre y cuando se tramite el permiso con anticipación. Hasta ofrecen visitas guiadas, pero no es el paseo con el que sueña la mayoría. Es el único lugar del mundo en el que se cría y se produce industrialmente la llamada mosca gusanera. La fábrica trabaja veinticuatro horas y da de comer a mil familias. ¿Y para qué carajos existe una fábrica de moscas?, se preguntará usted. Para combatir las, precisamente. Esa es la genialidad del asunto. Una plaga se erradica al introducir machos estériles en una población de machos silvestres, en proporción de diez a uno, situación que provoca que las hembras tengan muy pocas posibilidades de ser fecundadas en el único apareamiento de su corta vida. Para bien y para mal, las moscas son *instantáneas*. Es su fortaleza y debilidad al mismo tiempo. En tres generaciones se acabó el problema. Por eso existe la fábrica. De ahí salieron los machos estériles que salvaron millones de vidas en Libia a principios de los años noventa. Moscas mexicanas, doctor. Utilizadas en contra de su propia especie. El lugar es delirante: toneladas de carne podrida repletas de larvas de mosca. Millones de ellas vuelan en una enorme jaula de vidrio, produciendo un zumbido que compite con la turbina de un avión. Cuando llegué ahí, comprenderá usted, me sentí tan feliz como un peregrino que arriba a la Meca.

CINTA 4

Mentiría si le dijera que no practico ningún deporte. Por supuesto que no se trata de fútbol, natación, *jogging* o cualquiera de esas actividades que hacen sentir a la gente menos culpable por lo que le hacen cotidianamente a su cuerpo. Créamelo, doctor: conozco cocainómanos que van a correr a Chapultepec. El ejercicio que practico, como ya se podrá imaginar, es algo peculiar y, estoy seguro, único en el planeta. Si el Club de Amigos Exterminadores de Moscas hubiera progresado, otra cosa sería, pero como le dije, mi iniciativa fue censurada. Practico este deporte —o pasatiempo, ¿no es lo mismo?— una vez por semana, los viernes, cuando regreso estresado por las tensiones acumuladas a lo largo de la semana. Lo preparo todo temprano, antes de salir de casa. Dejo varios recipientes con carne cruda y sanguinolenta en distintas

partes, abro las ventanas y me marchó a la oficina. Cuando vuelvo, mi hogar es un hervidero de moscas. Entonces cierro las ventanas, me aflojo la corbata y me arremango la camisa, saco mi matamoscas favorito y me lanzo sobre ellas. A veces precipitadamente, dando alaridos y golpes a diestra y siniestra; otras con giros delicados, como si interpretara algún ballet sobre hielo. Acepto que si algún extraño me observara en esos momentos le parecería un espectáculo grotesco, pero yo lo disfruto y, sobre todo, me hace mucho bien. Cuando barro la alfombra negra de cadáveres, empapado en sudor y exhausto, el mundo me parece un lugar mejor y lleno de posibilidades. A veces regreso de tirar la bolsa repleta de moscas en el contenedor de la calle y descubro que se me escapó una viva. Ah, doctor, es indescriptible el placer que proporciona esa última cucharada de postre.

CINTA 5

Si le parece exagerado todo lo que le he dicho sobre las moscas, hacer un poco de historia nos vendrá bien, doctor. No quiero parecer un presuntuoso ante usted, pero la información es poder. Recuerdo a un maestro de inglés de mi infancia cuya mayor lección fue la siguiente: nunca proporcionaba el nombre de su perro cuando lo llevaba a pasear al parque, para que así nadie pudiera llamarlo y alejarlo de su lado. ¿Entiende lo que le digo? Pero basta de distracciones, vamos a los datos: Belcebú quiere decir «Dios de las moscas» en hebreo. Lutero, por su parte, las consideraba la vanguardia de las legiones infernales. Según otras creencias menos cultas, las moscas son siervas de las brujas, quienes las utilizan en sus hechizos y para espiar a sus enemigos. Por supuesto que yo no creo en esas supercherías: lo comento para ejemplificar el temor atávico del hombre ante este bicho. Lamentablemente, es el miedo equivocado. Cierta día, un vecino llamó a mi puerta horrorizado porque dejó la ventana de su baño abierta y se metió un montón de moscas. Creía en verdad que una amante despechada le había hecho brujería. Su rostro estaba deformado por el pánico, parecía un niño asustado por un programa de televisión nocturno. Me pidió insecticida —él no sabía nada de mis actividades recreativas secretas, curiosamente acudió a mí, ¿nada es casualidad?— pero yo le dije que no era necesario contaminar su casa con químicos. Salí armado con mi matamoscas y me encargué de eliminar la plaga. Tras ese episodio se me ocurrió una idea: arrojar también pedazos de carne putrefacta a las casas de mis vecinos y convertirme en el matamoscas oficial del vecindario; pero no estoy loco, doctor, aunque quizá a estas alturas usted ya tenga su

veredicto. ¿Las moscas, enviadas del diablo? Tonterías. Tan sólo es la lucha de las especies, y no hay lugar para todos. A los supersticiosos les tengo una noticia: si las moscas provienen en efecto del infierno, entonces los humanos cometimos la estupidez de mudarnos a su barrio.

CINTA 6

Esta es la última vez que vengo, doctor. No quiero que mis palabras se conviertan en moscas zumbando en sus oídos. Por otra parte, y no se ofenda, mis encuentros con usted no han servido para mitigar mis inquietudes. Le he dicho antes que la información es poder, pero en el fondo, conocer la verdad no sirve de nada. Mucho menos si se es el único que la posee. En el mejor de los casos, la verdad se convierte en una pesada losa; y en el peor, nos aísla y coloca la etiqueta de *raros*. Al menos me queda el consuelo de que no moriré ignorante. Le confieso que me siento muy cansado. El cardiólogo —a quien también visito regularmente, y quien se encarga de mi maltrecho corazón— me ha advertido sobre cierto padecimiento que requiere bisturí. Pero no pienso someterme al quirófano. El momento llegará cuando tenga que llegar; aunque parezca ingenuo, creo en los designios. Los últimos viernes me he sentido desfallecer al blandir el matamoscas. Cualquier otro tipo de persona dejaría esa actividad física tan demandante, pero yo no soy —y eso usted ya lo sabe— cualquier tipo de persona. Mañana es viernes. Hoy por la noche dejaré los recipientes con carne y las ventanas abiertas. He comprado el doble de cebo de lo habitual. Y dos matamoscas: uno para cada mano. No intente detenerme. Lo que hemos hablado aquí es secreto profesional, un código inquebrantable. Por eso y no por otra cosa es que acudí a usted, doctor. Los grandes actores mueren en el escenario. Imagine: un millón de moscas y un solo hombre en el centro del espectáculo. ¿Acaso no soy un hombre afortunado?

CUADERNO DE NOTAS

Repasé las cintas de X el fin de semana y me quedé inquieto. Atiendo a muchos pacientes extraños como para que algo me sorprenda, pero en su caso hubo algo que me dejó inmerso en pensamientos sombríos. No sabría explicar qué los provocó, lo único que se me ocurre es que se trató de una especie de premonición. Los psiquiatras no debemos involucrarnos con nuestros pacientes más allá del consultorio, pero con X seguí mis impulsos y rompí las reglas. La primera vez que nos vimos me dejó su tarjeta, así que el lunes por la mañana llamé a su oficina, donde me informaron que aún no había llegado. Le dije la verdad a la secretaria: que era su psiquiatra, que estaba preocupado por él y que me gustaría darme una vuelta por su casa para comprobar que todo estuviera en orden. No sé si me creyó o si sólo quería colgar rápido, pero me dio la dirección.

Conduje mi automóvil hasta una antigua vecindad en la Condesa, extrañado de que X viviera ahí, pues es una colonia invadida por artistas, escritores, extranjeros, oficinistas esforzados y otros trepadores sociales. Él no parecía encajar, aunque ahora que lo pienso, quizá tenía mucho sentido que su neurosis se desarrollara en un barrio tan artificial como ese. La puerta de acceso general estaba abierta y el edificio solitario: seguramente a esa hora los inquilinos trabajaban detrás de un cubículo por un sueldo que se les iba en pagar la renta. Las ventanas de su departamento estaban abiertas, como dijo. Me introduje por una de ellas, cerciorándome que nadie me viera, y recorrí con cautela los pasillos de mosaicos estilo *art déco*. En el aire flotaba un olor dulzón y desagradable, similar al que produce la fruta cuando se pudre. Recordé lo que X me dijo de sus cebos de carne; había recipientes, pero estaban vacíos.

Al entrar a la sala vi a mi paciente tirado en el suelo, en mangas de camisa y con la corbata aflojada. Tenía los ojos abiertos y fijos en el techo. A su lado yacían los matamoscas. A pesar de la contundencia de los hechos, sentí que algo no encajaba. Todo era demasiado obvio; parecía que X estaba representando una obra de teatro en exclusiva para mí, y que mi llegada marcaba justo la caída del telón. Pensé: ahora se levantará y se reirá a carcajadas. Pero eso no ocurrió, y tampoco fue ese el final de esta historia. Me hincé junto a X y lo observé de cerca. Lo primero que noté es que tenía el abdomen mucho más abultado de lo que recordaba. Después escuché un ruido extraño que brotaba del interior de su cuerpo, semejante al sonido que hacen los cables de alta tensión. Luego su boca se abrió. No creo en las cosas del cielo ni en las del infierno, pero lo que salió de ella ha puesto en duda mi propia salud mental: un torrente de moscas cubrió el techo como la más negra de las noches, y se reagrupó para desaparecer por la ventana en cuestión de segundos... Una vez que la sorpresa pasó, abandoné el edificio e hice una llamada anónima para reportar el hallazgo del cadáver.

Dos días más tarde, un excompañero de la facultad que trabaja en el Servicio Médico Forense me pasó una copia de la autopsia: infarto fulminante. No conté a

nadie lo que había visto aquella mañana en casa de mi paciente, y ese sí fue el final de esta historia. Mencioné antes que dudaba de mi cordura. La locura es peligrosa porque se contagia. Pero esas dudas se disiparon hace unos momentos, en una pausa que hice mientras escribo estas notas. X se equivocó; los bichos son, en verdad, cosa del infierno: sentí un espasmo en el estómago, me puse la mano sobre la boca y eructé. Cuando la retiré, una mosca salió volando.

SAMANÁ

Para Taita, que me despertó aquella madrugada

1

Ligia desapareció en la madrugada. Cuando desperté por la mañana en el cuarto de hotel, no la encontré a mi lado. Las cortinas estaban abiertas, y a través de la ventana se veían los edificios a medio construir y las palmeras del malecón de Santo Domingo. Desde que llegamos a la isla, hace una semana, las grúas abandonadas que dominan el horizonte de nuestra habitación me parecieron siniestras: dan la impresión de que han sido puestas ahí más para derribar que para construir. Todas las mañanas he contado los edificios esperando que falte alguno. Una obsesión paranoide, porque nadie va a mover esas grúas con ningún propósito, y los cascarones de concreto seguirán siendo parte del paisaje de Santo Domingo y su atmósfera; parece como si el tiempo se hubiera detenido en este lugar. Ligia sabía de mi pequeño ritual matutino y por eso dejó las cortinas abiertas antes de marcharse: un último mensaje, metáfora obvia de las ruinas de nuestra relación.

Volví a contar los edificios antes de decidirme a buscarla, retrasando el momento de afrontar su partida. Dados los acontecimientos de los últimos meses y la conversación con el taxista que nos llevó del aeropuerto al hotel en días pasados, no podía esperar otra cosa. Tras revisar el baño y buscar alguna nota inexistente, decidí que seguiría cierto «protocolo» antes de comunicar a los organizadores de la Feria del Libro lo que para mí ya era un hecho: que mi mujer había desaparecido. Son las palabras que prefiero utilizar, aunque otros con seguridad considerarían más adecuado decir «se marchó» e incluso «me abandonó». Ni yo mismo comprendo todo esto, así que lo pongo por escrito. Mis actividades en la Feria terminaron ayer, y mañana debo tomar el avión que hará escala en Panamá y después me devolverá a la Ciudad de México; un avión que, evidentemente, tomaré solo.

Hice el «protocolo» al que me refería; busqué en el *lobby* y en el restaurante, en la sala de Internet y en la piscina, y después retrasé aún más el momento de dar la

noticia a los organizadores y subí a escribir estas páginas a la habitación, donde hay un cómodo escritorio que desde el primer instante de nuestra llegada me hizo despreciar el de mi estudio y desear escribir algún relato en él. Todos los días lo pensé, aunque no tenía alguna idea concreta que me permitiera arrancar, así que me limité a mirar el mueble por el rabillo del ojo mientras leía o intentaba seguir un programa en la televisión. Ahora ese deseo se está cumpliendo, y me pregunto si la voluntad de escribir un cuento, una historia, no echará a andar mecanismos siniestros e insospechados a nuestro alrededor. Nunca he entendido bien de dónde nace un relato, si es que nace o si en realidad está en alguna dimensión paralela, esperando a que el escritor meta la mano en la oscuridad y saque de ella algún conejo muerto. Lo cierto es que escribir historias y libros me ha llevado a algunas partes del mundo, incluida República Dominicana. No creo en la trillada idea de que los viajes y los lugares remotos y exóticos inspiran y proporcionan material a los autores —eso se debe, sobre todo, al esnobismo exacerbado y propio del gremio; generalmente las mejores historias están a la vuelta de la esquina, a veces basta con abrir un periódico, y si es de nota roja, mejor—, pero en este caso, si bien esta historia se originó en México —en Tampico, para ser más exactos—, en realidad encontró su destino inevitable en la isla caribeña.

2

Antes de ese inicio en el puerto mexicano, esta historia tuvo un arranque más formal en la Ciudad de México, hace once meses, en el departamento que compartimos —que compartíamos— Ligia y yo en el Centro Histórico, en la calle de Donceles, justo a un lado del Templo Mayor. Un edificio viejo, cuyas paredes están cubiertas de mosaicos de puntos amarillos y negros que dan la sensación de vivir dentro de un gran panal. Don Roberto, el conserje, siempre está arreglando algún departamento próximo a rentarse, y pone su radio a todo volumen que, sintonizada en alguna estación de boleros o *big bands*, proporciona la atmósfera adecuada. Para mí, más que el conserje, es una especie de *disc jockey* encargado de transportar a los inquilinos a la época en que el edificio fue construido.

Cierta madrugada, Ligia me despertó sobresaltada, y aseguró que alguien acababa de tocar a la puerta del cuarto. Aún medio dormido, le dije que se trataba de las vibraciones de algún camión, pero ella insistió hasta despertarme por completo. Molesto, salí de la cama y abrí la puerta para comprobar que no había nadie en el

umbral. Para dejarla tranquila, revisé la casa por todos sus rincones —también para mi tranquilidad, pues ella estaba convencida de haber escuchado no una, sino varias tandas de golpes contundentes en la puerta del dormitorio—. Tras la minuciosa investigación volví a la cama y apagué la luz, pero ambos tardamos en volver a conciliar el sueño. Esta escena se repitió cuatro o cinco veces en el transcurso de un mes agotador. Más exhausto que desconcertado, tomé la decisión de que dormiríamos con la puerta abierta. Durante algunos días recuperamos la tranquilidad y el buen sueño, hasta que otra noche las cosas empeoraron. Ligia me despertó y me juró que había visto una silueta en el umbral de la puerta. Encendí la luz; no había nada, pero ella estaba temblando. Para calmarla, le pedí que me describiera a la sombra. «No le vi el rostro», me dijo entre sollozos, «solamente estaba ahí, observándonos».

Para mí estaba claro que Ligia pasaba por una crisis nerviosa, aunque no descartaba el tema de alguna aparición. Jamás me he topado con un fantasma, pero no desestimo las historias de quienes afirman haberlos visto —quizá por mi educación católica, quizá por mi exacerbada imaginación, quizá sólo porque resulta más interesante creer que no creer, y porque los escépticos me parecen personas planas y aburridas—. Además, estábamos en un edificio antiguo y en una zona cargada de historia y energía. Más de alguna vez, al caminar de noche por República de Argentina y doblar en Donceles, pude sentir que algo ocurría entre las ruinas del Templo Mayor, algo parecido a un rumor de pasos furtivos y respiraciones agitadas que se confundían con el viento.

Indagué con Don Roberto sobre sus experiencias sobrenaturales en los treinta años que tenía como conserje del edificio, y me confesó que en más de una ocasión había visto «cosas extrañas» pero, aclaró, nunca en el departamento donde Ligia y yo vivíamos. Hablé con mi mujer y la convencí de que, por el bien de los dos, era momento de ver a un médico y pedirle pastillas para dormir. La medida funcionó un tiempo, y hubo algunas noches en las que Ligia durmió de corrido, aunque con una permanente expresión de angustia en el rostro, tal vez sumida en sueños tormentosos de los que era incapaz de despertar. Eso comenzó a generar en mí un miedo creciente, así como ciertos lapsos de insomnio durante los cuales mis ojos iban del rostro de Ligia al umbral de la puerta. Una noche que caía una llovizna arrulladora —me gustaba imaginar que el agua calmaba la sed milenaria de nuestras vecinas las pirámides—, Ligia despertó sobresaltada, señalando al umbral de la puerta: ahí estaba de nuevo la sombra, gritó, enorme y oscura, acechándonos. Yo no vi nada, pero no necesitaba contemplar aquello para saber que nuestras noches tranquilas habían llegado definitivamente a su fin. Lo que no sabía entonces era que esta historia nada tenía que ver con fantasmas.

3

Ligia y yo llegamos a un acuerdo: ella iría a terapia y yo aceptaría que trajera a una médium a la casa. Quise estar presente en la sesión espiritista, y le pagué por adelantado a la mujer para evitar que se sintiera comprometida a decirnos algo. Tras encender velas por toda la casa y recorrer las habitaciones, la médium se detuvo en la sala, cerró los ojos, juntó las palmas de las manos frente a su rostro y meditó durante largos minutos. Su conclusión fue que ahí habitaba el espíritu de una adolescente que se había suicidado por desamor. Después, la mujer nos preguntó si queríamos entrar en contacto con ella, pero Ligia le dijo que no, le dio las gracias y la despachó. Le reclamé que hubiera desaprovechado la oportunidad:

—Muy mal. Nos cobró carísimo.

Ligia me lanzó una mirada en la que se mezclaban miedo y enojo.

—Estaba mintiendo.

—¿Cómo sabes?

—Porque la otra noche pude ver el rostro de la sombra. Y es un hombre. Un negro.

Ligia comenzó a asistir a terapia y a tomar medicamentos fuertes. Dejó de mencionar a la sombra; no supe si la seguía viendo, y la verdad prefería no saberlo. Lo cierto era que ambos continuábamos intranquilos, había un ambiente tenso en nuestra habitación antes de apagar la luz, y el insomnio nos asaltaba por turnos. Ahora que lo reflexiono a la distancia, no me explico cómo pudimos vivir así durante los pasados once meses, en un permanente estado de angustia y paranoia. Quizá, como dicen, uno se acostumbra a todo, o tal vez lo que llamamos «mala vida» provoca adicción. También creo que el miedo es un estado alterado que el cerebro llega a necesitar, como una droga. Por eso los escritores de terror que tanto admiro siempre tienen lectores.

Ligia y yo éramos ya un par de sonámbulos, dos espectros que rondaban su propia casa; procurábamos pasar el menor tiempo posible en la habitación, y si se presentaba el insomnio yo me levantaba a escribir y ella aprovechaba para adelantar sus propios pendientes, cuando llegó la invitación a la Feria de Santo Domingo. Era por una semana, y sólo para mí, pero pensé que aquel viaje podría ayudar a distraernos y olvidar por completo los episodios de la sombra. Eché mano de los ahorros y los dos partimos a República Dominicana con unas profundas ojeras que esperábamos evaporar bajo la brisa del Caribe. Sin embargo, desde el momento que aterrizamos y nos metimos en el taxi, me di cuenta de que eso no iba a suceder.

Mientras recorríamos la autopista recta y monótona que separa el aeropuerto del malecón —son kilómetros de mar sin playa, pegado a las rocas, que alejan tanto a locales como a turistas de aquella zona—, el taxista comenzó a hablarnos de las mejoras recientes en la infraestructura carretera. Nos anticipó que cruzaríamos un colosal puente que conectaba con la ciudad, y volaba sobre el río en un alarde de tecnología. En algún momento, al pasar por un entronque, nos informó que ese tramo nuevo de carretera conectaba con Samaná, al otro lado de la isla, un pueblo plagado de hermosas playas y al que antes sólo se llegaba rodeando la costa en un viaje largo. Ahora el traslado resultaba bastante rápido.

—¿En Samaná hay brujos? —le interrumpió Ligia.

—Toda República Dominicana es territorio de brujos —dijo el taxista—. Pero en Samaná se encuentran los más poderosos.

Nos dijo que los brujos abundaban en los bateles de los ingenios, pero también en zonas donde no había caña, como Samaná o San Juan de la Maguana. Explicó que tenían la herencia haitiana del vudú y que sus pócimas estaban hechas con ron, miel de abeja, especias y refrescos, contentivas de sapo o pichón de culebra muertos. Hacían sus rituales siempre junto a un ataúd, y una vez que los hechiceros eran poseídos por un espíritu «hablaban en lenguas». Relató todo ello con creciente entusiasmo, y remató diciendo que la hechicería europea y negroafricana había llegado a las Indias con sus descubridores.

* * *

Yo sabía por qué Ligia le había preguntado eso al taxista. Existía una especie de leyenda en su familia, una historia que solía contar su bisabuelo materno, un hombre que había llegado a ser alcalde en Tampico. La historia pasó al abuelo y de ahí a la madre, y contaba lo siguiente: el bisabuelo, transformado por el poder y las influencias, emprendió un negocio sucio que arruinó el patrimonio de un mulato. Traicionado, el hombre se vengó echándole la maldición de Samaná y condenando a cinco generaciones de la familia a padecer en la salud y la economía. Esa quinta generación llegaba hasta Hilda, la sobrina de Ligia, a la cual adoraba por encima de todas las cosas.

Un día le pregunté:

—¿Ha pasado algo en tu familia que te haga creer en esa maldición?

—Enfermedades, accidentes, despidos del trabajo, divorcios...

—Eso pasa en cualquier familia —repuse—. En todo caso, es la maldición de la vida.

Pero a Ligia no le importaban las demás familias, sólo la suya, y eso bastaba para dar por verídico un hecho del que nadie había sido testigo. Creía ciegamente en ese destino, al igual que el resto de su familia, como si se tratara de una tradición.

—¿Y cómo se puede terminar con ella? —concedí.

—Mi madre me lo dijo, pero es mejor que no lo sepas.

—¿Matando al brujo? Pero si ya debe estar bajo tierra, devorado por cinco generaciones de gusanos.

—No: la muerte del brujo sólo hace más fuerte su maldición. La única manera de acabar con ella es sacrificando a un miembro de la familia para borrar la afrenta.

—Tú deberías ser narradora. Tienes más imaginación que yo.

No calculé el costo de mi burla; Ligia jamás volvió a hablarme de las supersticiones de su familia, cosa que lamenté porque, como ya he dicho, me parece que las personas que creen en lo que está más allá de nuestros ojos son dignas de atención. Después olvidé el asunto hasta que nos subimos en el taxi en Santo Domingo.

* * *

Ahora que he terminado de contar todo esto, y antes de proceder a reportar la desaparición de Ligia, debo ser honesto y anotar aquí la duda que me asalta: ¿en verdad ella partió a Samaná en busca de su destino o simplemente decidió abandonarme aparentando ese pretexto, como una siniestra manera de vengarse de mi incredulidad en las supercherías de sus ancestros? Supongo que nunca lo sabré. Pero si he de responderme a mí mismo diré que, sea cual sea la verdad —con brujos o sin ellos— lo que motivó a Ligia fue el deseo de alejarse de mí. Y eso es difícil de aceptar, sobre todo ante los demás, así que sostendré la versión más conveniente: la desaparición. Sin embargo, aún no puedo cerrar mi libreta. A esta historia le queda una parte por contar, una que no puedo omitir. Esa es la auténtica maldición de todo escritor: no descansa hasta que la historia termina de ser contada.

5

Sucedió durante los días que Ligia fue a cuidar a su madre al hospital. Se le había

salido el líquido de las rótulas —en general padecía de los huesos, calvario que a Ligia le ratificaba la autenticidad de la maldición— y la habían operado por enésima ocasión. Una de esas tardes fui a dar un recorrido por las librerías de viejo en la calle de Donceles. Estaba buscando un libro llamado *Montañas de locura. Usos y costumbres del Manicomio General La Castañeda*, un ensayo histórico que abarcaba desde sus primeros años durante el Porfiriato hasta su cierre en 1968, y en el que me apoyaría para escribir un relato. Lo encontré en Bibliofilia, entre ejemplares de *Life* que se deshacían en las manos y enciclopedias tan enmohecidas como un jardín. Mientras pagaba escuché una voz familiar que se imponía al barullo de la calle. Era un indigente loco que solía sentarse en la entrada de la librería para tomar algún libro y leerlo en voz alta. Los empleados de Bibliofilia estaban acostumbrados a él y lo toleraban. Era parte del paisaje de la calle de Donceles, junto al resto de las librerías de viejo, a otros vagabundos menos cultos y a los changarros de comida corrida olorosos a fritangas y caldo de gallina. En ese momento se me ocurrió hacer una disparatada versión del juego de bibliomancia, aquel en el que se elige un libro cualquiera de la biblioteca personal, se le hace una pregunta concreta, y después se abre y se señala un párrafo al azar para conocer la respuesta. Me acerqué al menesteroso y le extendí el libro sobre la Castañeda. Al principio me ignoró, pero ante mi insistencia tomó el libro, lo abrió por la mitad y comenzó a leer: «Hay cosas que están ahí. No sé si en la mente o en algún otro lugar del espacio que no alcanzamos a identificar. Probablemente habiten en el entrecruzamiento del mundo interior con el exterior. Pero lo que sí sé es que las comenzamos a ver por contagio...».

Desconcertado, le arrebaté el volumen al indigente y me marché a casa. Busqué las líneas que había repetido y no pude encontrarlas. Por un momento sentí que yo también enloquecía. Tras varios minutos de lectura di con ellas. Pertenecían a un capítulo que reproducía el diario de una enfermera. Se llamaba Leonarda Servín y había trabajado en el manicomio en los años cuarenta. Hice unos subrayados y después guardé el libro en mi estudio, en un lugar poco visible. No sabía qué pensar de todo aquello y no quería darle más vueltas. Fui al cuarto y miré la televisión hasta que me dio sueño. Instintivamente, busqué con el brazo el cuerpo de Ligia y me topé con su almohada. La imaginé en el hospital, acostada en el sillón contiguo a la cama de su madre, atenta a las siluetas que se formaban en el techo de la habitación, tan incapaz de dormir como de entender lo que le sucedía.

Esa noche tuve una pesadilla. En el sueño, estaba acostado en la cama, a punto de dormirme mientras buscaba el cuerpo de ligia con el brazo, cuando en el marco de la puerta apareció un mulato. Era tan alto como la puerta misma, y el amarillo de sus ojos y sus dientes destacaba en la penumbra con un brillo siniestro que hacía pensar en oro maldito. No me atreví a moverme ni decir nada. Estoy soñando, pensé —es lo que uno siempre piensa cuando ocurre algo malo—, es una pesadilla y sólo tengo que despertar. El mulato tampoco hablaba, sólo me observaba con sus ojos turbios desde

el umbral de la puerta. ¿Por qué no entra?, recuerdo que pensé en el sueño. ¿Qué es lo que quiere? Como si leyera mis pensamientos, el mulato comenzó a reír. Empezó poco a poco, hasta que sus carcajadas crecieron y se volvieron insoportables. Entonces tuve ganas de gritarle que se largara, que esa era mi casa y que no tenía derecho a entrar en ella sin tocar.

—Nadie tiene casa —me dijo, adivinando de nuevo mis pensamientos— cuando el alma no tiene sosiego.

Entonces, dentro del sueño, comprendí todo. Lo que había estado ocurriendo con Ligia y conmigo en los últimos meses se me reveló en un instante. Y en ese momento desperté, o creí despertar. El mulato ya no estaba, sólo permanecía el eco de su risa en la habitación, y también el eco de una última frase: *No podrás despertar, tampoco dormir, tan sólo caminar entre dos mundos...*

* * *

Días después me hicieron la invitación a Santo Domingo. Y aquí estoy, en el cuarto de hotel, escribiendo en la última hoja de mi libreta. Más allá de la ventana, la noche envuelve las grúas y el mar comienza a fundirse con el cielo en una sola y compacta oscuridad.

La verdad de aquel sueño es la misma que escribo en este momento, la misma que me espera en casa cuando regrese: hay una sombra en el umbral del cuarto que no necesita tocar porque una puerta se abrió para siempre.

Miro por la ventana y cuento los cascarones de concreto. Ahora falta un edificio.

MANUSCRITO ENCONTRADO EN UN DEPARTAMENTO VACÍO

Samuel Luján

Detective Privado Presente

Por este medio le hago llegar el documento solicitado a esta Secretaría, esperando sea de utilidad para los fines que persigue. Cabe señalar que es una copia del original, tal cual fue encontrado.

Atentamente

Raúl Solís

Agente Ministerial

Sistema de Personas Extraviadas

Secretaría de Seguridad Pública

I. EL DOCUMENTO

Mi hermano Pablo murió atropellado hace dos semanas. Un taxi lo embistió cuando cruzaba la calle, justo frente al local de Estafeta donde pretendía enviar un paquete. La noticia me conmovió, a pesar de que estaba distanciado de él y llevaba tres años sin verlo. Era mi único pariente cercano. No teníamos más hermanos y nuestros padres habían fallecido tiempo atrás. No existe una razón concreta que explique el abismo que nos fue separando, lo único que se me ocurre decir es que su mundo era el de las palabras y el mío el del dinero. Pablo se dedicaba a dar talleres de poesía — había publicado algunos poemarios; *plaquettes*, les llamaba él, aunque para mí eran lo mismo: nunca leí una línea suya—; yo soy corredor de bolsa en un banco nacional. Ahora que lo pienso, otro de los motivos que contribuyeron a que nos alejáramos fue el hecho de que Pablo tenía una gran facilidad para ligarse mujeres, algo que a mí siempre me ha costado trabajo. Mientras yo pasé años tratando de convencer a la

mujer que posteriormente se convirtió en mi esposa —y más tarde en exesposa—, él pasaba de una relación a otra con una sonrisa de satisfacción en los labios. Tras mi divorcio no quise saber nada de mujeres durante un tiempo, y tampoco de mi hermano y sus múltiples conquistas. Nunca envidié que fuera escritor. ¿Quién, en su sano juicio, puede desear una profesión que importa a pocos, y que además reditúa miserables ingresos? El problema era ese imán con el que atraía a las mujeres a pesar de su precaria situación económica. Y no sólo eso: me consta que más de alguna llegó a mantenerlo. Las pocas veces que nos veíamos para comer se la pasaba hablando del poder de las palabras y de una teoría que a mí me parecía sacada de un cuento fantástico: decía que los versos eran capaces de abrir agujeros a otras dimensiones. La *auténtica* poesía, porque —aclaraba— había poetas que camuflaban historias con versos. «Ahora los poetas sueñan con ser narradores», decía en su perorata, la cual sólo se permitía interrumpir para pedirle al mesero otra botella de vino sudafricano que bebería a mis costillas. Yo le ponía atención un rato, pero después mi mente comenzaba a moverse hacia el terreno de las cifras, haciendo cuentas sobre lo que habíamos pedido y lo que iba a costarme. Después, le hacía una seña al camarero para pedirle la cuenta, gesto que marcaba el final de nuestras forzadas reuniones.

Tras identificar el cadáver la policía me entregó un paquete, el mismo que mi hermano se disponía a enviar por Estafeta cuando el taxi le pasó por encima. Era un sobre de papel manila que contenía un objeto abultado. En el reverso tenía escrita una dirección de la ciudad de Guanajuato, pero ningún nombre. Arrojé el paquete en el asiento del copiloto de mi coche y no lo abrí hasta más tarde, cuando volví a casa después del trabajo. Dentro tenía un libro. No recuerdo el autor, pero era de poesía. En la primera página mi hermano había escrito algo con su puño y letra:

Amaranta:
No puedo hacerlo.

Aquel extraño mensaje me conmovió, como si en su parquedad incomprensible se resumiera la historia de nuestra difícil relación. Nunca hice nada por mi hermano, salvo invitarle vinos caros en restaurantes de moda, pero en ese momento supe que tenía una misión: hacer que ese paquete llegara a su destino. Y conocer a Amaranta: tal vez esa mujer podría decirme algo sobre el hermano con el que rehusé intimar. Pedí vacaciones en el trabajo y una semana después tomé un avión a Guanajuato. No pretendía quedarme más tiempo del necesario; mi idea era entregar el paquete y después tomar otro avión rumbo a Acapulco. Pero mi destino estaba en otra parte.

En el aeropuerto de Guanajuato me subí a un taxi y me dirigí al centro. Primero

quería comer algo y pasear un poco. Hacía mucho tiempo que no iba a esa ciudad, y al atravesar los túneles que la recorren por debajo recordé que era misteriosa por naturaleza; que a pesar de su aspecto turístico daba la sensación de encerrar un secreto. Esa percepción se reafirmó cuando bajé del taxi y me puse a caminar por sus callejones laberínticos. Después de comer, mientras vagaba por pasillos estrechos y olorosos a orina, topándome con montones de colillas y botellas de cerveza rotas, recordé que mi hermano me había dicho alguna vez que solían invitarlo a Guanajuato a dar talleres de poesía. Decidí que era momento de entregar el paquete. Tomé otro taxi y la dirección anotada en el reverso del sobre me llevó a un edificio de departamentos situado en una zona residencial a las afueras de la ciudad. Del balcón del primer piso colgaba un letrero de SE RENTA. Me dirigí al interfón y timbré en el número 17. Nadie respondió, y obtuve el mismo resultado durante los diez minutos siguientes. Decidí esperar en el taxi. Una hora más tarde, nadie había entrado ni salido de aquel edificio, el taxímetro seguía corriendo y mi paciencia se había agotado. Pensé en dejar el paquete con el conserje, pero estaba decidido a conocer a aquella mujer, que para esas alturas ya me intrigaba bastante (debía ser guapa, mi hermano cuidaba muy bien su reputación); así que tramé un plan. Presioné el timbre del conserje y pretexté estar interesado en el departamento en renta. Minutos después era conducido al primer piso por un hombre moreno y chaparro. Le hice las preguntas de rigor mientras recorríamos la estancia —¿cuánto cuesta la renta?, ¿qué requisitos solicitan?, ¿hay más personas interesadas?— y finalmente le comenté, con la mayor naturalidad de la que fui capaz:

—El dato me lo pasó mi amiga Amaranta, que vive en el 17.

El conserje me miró como si le hablara en una lengua extranjera, y me dijo:

—Debe estar confundido. En ese departamento no vive nadie desde hace mucho tiempo. Pero no está en renta; no me pregunté por qué, eso es asunto de Don Eulalio, el casero.

Inventé cualquier excusa, le dije que pensaba rentarlo, y salí de ahí con los datos de Don Eulalio. Decidí ya no ir a Acapulco y le pedí al taxista que me llevara a un hotel cercano. No creía que mi hermano se hubiera equivocado en la dirección del sobre. Sin duda, aquella mujer era su amante, ese libro contenía una comunicación cifrada y yo me proponía desentrañarla. ¿Así se seducía a las mujeres? —Recuerdo que pensé—, ¿con poesía y mensajes ambiguos?

Al día siguiente estaba en la inmobiliaria de Don Eulalio, hablando con él y diciéndole que vivía en el Distrito Federal pero que me cambiaría a Guanajuato por cuestiones de trabajo. Mientras me entregaba una fotocopia con la lista de papeles y documentos que requería, le dije:

—Me gusta el departamento del primer piso, pero preferiría algo más arriba. El conserje me dijo que el departamento 17 está deshabitado.

Don Eulalio me dirigió una mirada severa, como la que se le hace a un menor cuando dice una tontería, y me dijo:

—Imposible. Hay gente que lo renta, aunque no lo habiten.

—¿Y se puede saber quiénes son? Tal vez yo logre negociar con ellos...

El casero comenzó a impacientarse.

—Olvédelo. La discreción es una parte importante en este negocio. Lo único que le puedo decir es que de algún modo lo utilizan... Creo que como bodega.

Estreché su mano, le dije que pronto tomaría una decisión respecto al departamento en renta y salí de la inmobiliaria, convencido de que no me iría de Guanajuato hasta que consiguiera entrar al departamento 17.

Entrar fue fácil. Lo difícil fue comprender lo que ahí encontré. Regresé al edificio al día siguiente y le pedí al conserje que me mostrara de nuevo el departamento del primer piso, «para salir de dudas». Tras abrirme la puerta, un billete lo convenció de que me dejara a solas. Necesitaba «sentir el espacio como si ya fuera a vivir ahí». El conserje tomó el dinero —en este país hasta la caja de Pandora se abre con billetes— y me dijo que regresaba en veinte minutos. En cuanto se retiró, salí del lugar y subí hasta la cuarta planta, donde se encontraba el departamento 17. El instinto —aunque a la distancia puedo decir que más bien fue una especie de *llamado*— me hizo poner la mano en la perilla y girarla. La puerta se abrió sin más y yo entré, aunque ahora sé que uno debe desconfiar de todas las cosas que se abren fácilmente, sobre todo si se trata de puertas. El departamento estaba vacío. Lo único que había era un librero de madera empotrado en una de las paredes de la estancia. Estaba lleno de libros y era de forma ovalada. Tras asegurarme de que no había nadie en los otros cuartos, inspeccioné su contenido. Albergaba sólo volúmenes de poesía. Lo más extraño era que en la primera página de todos los libros estaba escrita la misma frase:

Amaranta:

Una llave para la puerta,
un ojo para la tuerta.

No era la letra de la misma persona. En cada libro la frase estaba rubricada por quien la había escrito, y se agregaban la fecha y el lugar desde el que había sido enviado al departamento 17. Las fechas abarcaban los dos últimos años y los lugares distintas partes de la República: lo mismo Tijuana que San Luis Potosí o Chiapas. Algunas personas repetían, entre ellos mi hermano. Aquel lugar no estaba tan solo como me habían asegurado. Alguien, al menos, había estado ahí para recibir y acomodar los libros. Y ese alguien tenía que ser Amaranta.

Salí del departamento y abandoné el edificio ante la sorpresa del conserje. No me importó; ahora tenía otro objetivo: Estafeta. Fui a la oficina que tenían en el centro y hablé con el encargado. Deslicé otro billete y le dije que lo único que quería saber era quién recibía los paquetes en la dirección del departamento 17. Mandó llamar a un

muchacho de cabeza rapada, responsable de las entregas en aquella zona de la ciudad, y nos dejó a solas.

—Siempre abre una *ñora* —dijo mientras mordía una torta con displicencia.

—¿Se llama Amaranta?

—*Sepa* —subió y bajó los hombros para reforzar su respuesta.

—Una última cosa: ¿es tuerta?

El joven dejó de masticar y me miró con recelo.

—*Nel...* esa *ñora* tiene ojos bien bonitos.

El encargado lo llamó desde el otro lado del local y le mostró los paquetes que tenía pendientes. Lo entendí más como una señal para mí: era hora de irme con mis preguntas absurdas a otro lado.

Cuando salí del local, un hombre de chamarra negra me abordó y me mostró una identificación que sacó de su cartera: Samuel Luján, detective privado.

—Tenemos que hablar —dijo mientras encendía un cigarro—. Me parece que ambos buscamos a la misma mujer.

Nos metimos a un café cercano. Me contó que había sido contratado por el esposo de Amaranta, un rico empresario de la industria del calzado, quien sospechaba de la conducta esquiva de su mujer. Justo el día que comenzó a seguirla, desapareció. El último lugar en el que la vio fue en el edificio del departamento 17.

—Entró y nunca salió de ahí —hizo una pausa dramática que aprovechó para darle un largo sorbo a su taza de café—. Al menos no por la puerta del frente...

—¿Hace cuánto de eso?

—Tres meses.

Samuel encendió un nuevo cigarro. Después me miró a los ojos.

—¿Y tú qué chingados pintas en todo esto?

Su tono amable había quedado atrás. Decidí relatarle todo, desde la muerte de Pablo hasta el solitario librero del departamento 17.

—Eso comprueba mi teoría —dijo Samuel—. Esa zorra salió por la puerta de atrás.

Sacó un folder de su portafolio y arrojó sobre la mesa un puñado de fotografías. En todas aparecía una mujer de unos cuarenta años, de melena negra y tez blanca; en su rostro destacaban dos intensas pupilas verdes. El chico de Estafeta tenía razón.

—¿Amaranta? —pregunté, inquieto.

—No: la Virgen María.

—¿A qué se dedica?

—A gastar lo que gana su esposo.

—¿Y además de eso?

—Tiene un centro cultural donde se ofrecen talleres de poesía, pero también charlas sobre ocultismo, lecturas de Tarot y otras pendejadas. O lo que es lo mismo: tira el dinero de su marido por el escusado.

Samuel recogió las fotografías y dejó un billete sobre la mesa. Nuestro encuentro

había terminado.

De vuelta en el hotel, pedí un trago al cuarto y me conecté a internet. Necesitaba revisar el correo de la oficina y olvidarme de aquel enredo durante un rato. Pero un mensaje me lo impidió: era el casero de mi hermano, quien me informaba que pondría nuevamente en renta el departamento y que yo debía sacar sus cosas de ahí cuanto antes. Entonces lo intuí: la respuesta que había ido a buscar a Guanajuato me esperaba en la Ciudad de México.

Hoy volví al D.F. Pasé por las llaves a la oficina del casero y vine a este departamento en la calle de Alvaro Obregón que Pablo habitó durante los últimos años de su vida. Antes de entrar comprendí por qué mi hermano vivía allí y la manera en que la Roma condensaba su espíritu: era una colonia vieja, habitada por gente con pretensiones bohemias que se esforzaba por transformar la decadencia del barrio en algo elegante y de moda. No me sorprendió encontrar su casa vacía. Tampoco que sólo hubiera un librero de madrea empotrado en la pared, de forma ovalada, lleno de volúmenes de poesía, cuyos títulos eran los mismos que los del departamento 17. Lo que sí llamó mi atención fue que faltaba un único libro, el último de la hilera de hasta abajo. Y no está porque es el que traigo en mi maleta, el mismo que Pablo no pudo dejar en la paquetería. Ahora escribo todo esto en un cuaderno porque sé lo que tengo que hacer y necesito dejar testimonio. Desconozco qué consecuencias traerá, pero es la única manera de enterarme qué le pasó a mi hermano y de encontrarme con Amaranta.

Dejo la pluma y me dispongo a colocar el libro en su lugar.

II. LA FOTOGRAFÍA

Samuel Luján

Detective Privado

Reporte confidencial

Este es el último reporte que le escribo, señor. Creí que había encontrado a su esposa, pero fallé. Juro que la vi salir del edificio de departamentos donde desapareció hace tres meses. Montaba guardia cuando apareció en la puerta. Le tomé varias fotografías

desde mi automóvil mientras ella se alejaba por la acera y después la seguí. Esperé a que doblara la esquina y aceleré el paso. Al dar la vuelta ya no estaba. Había un mercado callejero y varias personas haciendo la compra, pero ni rastro de su mujer. Rondé la zona durante una hora, buscando en todos los rincones, sin encontrar nada. Pensé que estaba enloqueciendo, que mi mente me jugaba chueco. Entonces fui a mi oficina y me puse a revelar el rollo en el cuarto oscuro. Si en verdad ella había salido del departamento, como yo estaba seguro, tenía que aparecer en el papel cuando los químicos la trajeran a la superficie...

Una de las personas a las que entrevisté durante mis pesquisas fue a un corredor de bolsa del D.F. que también buscaba a la señora Amaranta y ahora está desaparecido. Lo investigué para corroborar la historia que me había contado y resultó ser auténtica: su hermano era quien conocía a su esposa; había muerto atropellado una semana atrás. Lo que no mencionó fue el parecido que guardaba con su hermano, un año mayor que él: casi idénticos; la misma calva y la misma piocha enmarcada en un rostro moreno. Mi teoría es que el pobre diablo pretendía ligarse a la señora aprovechándose del parecido físico con su pariente.

Le adjunto el documento que conseguí con un contacto en la Secretaría de Seguridad Pública. Este expediente ha sido responsable de mis recientes insomnios y de mi creciente confusión mental. No tengo una interpretación clara del contenido de esas páginas; se lo entrego para que usted saque sus conclusiones.

Junto a este reporte encontrará también una de las fotografías que revelé, así como mi renuncia. No soy ya la persona indicada para darle seguimiento a este caso. Mi cabeza no está bien y debo tomar un descanso. Por supuesto, no le cobraré mis honorarios pendientes.

En la imagen que le anexo, como usted podrá comprobar, no aparece su esposa.
Es una mujer tuerta.

ADONDE VOY SIEMPRE ES DE NOCHE

El hombre caminaba por la orilla de la carretera con su mochila al hombro. Dos autos pasaron junto a él y ni siquiera los miró. A Everardo le extrañó que no pidiera aventón: sólo había árboles a kilómetros a la redonda. Sintió curiosidad. Disminuyó la marcha de la camioneta hasta colocarse a su lado y bajó el vidrio del copiloto.

—¿A dónde vas?

El sujeto tenía barba espesa y usaba un gorro con orejeras. Parecía estar sumido en profundas meditaciones. Lo miró con unos intensos ojos azules y respondió:

—A las montañas.

Everardo detuvo el auto y levantó el seguro de la puerta.

—Te llevo, si continuas a ese paso llegarás en la madrugada.

El hombre subió y colocó la mochila en el asiento trasero.

—Adonde voy siempre es de noche —dijo con voz rasposa—. Me llamo Jacobo.

Se estrecharon la mano. Everardo volvió a pisar el acelerador.

—¿A qué te dedicas?

—Soy espeleólogo. Paso buena parte de mi tiempo metido en cuevas subterráneas.

—¿Y por qué tan solo? ¿No se supone que ustedes andan en grupo?

Jacobo miró concentrado el paisaje por la ventana: pinos, colinas amarillas, la tarde nublada.

—Prefiero moverme solo. Soy un cazarecompensas.

—Carajo, eso suena a película del Viejo Oeste... No me digas que te dedicas a buscar minas de oro.

—Para nada —Jacobo se pasó una mano por la barba—. Un día leí en el periódico el anuncio de una señora que ofrecía una recompensa por el cadáver de su hijo: un joven espeleólogo que se había accidentado un mes atrás. El muchacho llegó muy lejos y los rescatistas no pudieron recuperar el cuerpo. No es por presumir, pero poseo una marca nacional de descenso. Gracias a mí, la señora pudo enterrar a su hijo... Después lo convertí en mi trabajo: ahora voy por distintas regiones sacando los cadáveres de mis desafortunados colegas.

Everardo encendió un cigarro. Tras una curva, aparecieron en el horizonte las montañas. Miró el débil resplandor del cielo: no tardaría en anochecer.

—Y ahora vas a... ¿trabajar?

—Exacto.

—¿Qué sucedió? —preguntó Everardo sin esconder su creciente morbo.

Jacobo le clavó los ojos azules. Su mirada era fría: parecía forjada en cimas colmadas de nieve y no en cavernas donde los primates encendieron las primeras fogatas.

—No es una historia agradable.

Everardo le dio tres caladas al cigarro y desaceleró instintivamente, como si

quisiera demostrarle a ese extraño que no tenía prisa en bajarlo del coche.

—Anda, cuéntame. De todos modos no dormiré, voy lejos y pasaré la noche conduciendo...

—Aún no me has dicho a qué te dedicas tú.

—Soy fotógrafo.

—¿Periodista?

—No... —Everardo titubeó—. Retrato modelos.

—Un trabajo envidiable.

Jacobo se recostó en el asiento y cruzó los brazos. Su rostro adquirió la misma expresión meditabunda que tenía cuando Everardo lo recogió en la orilla de la carretera. Continuó:

—Hace una semana, tres hombres entraron en un conjunto de cuevas poco explorado de estas montañas. Mientras se arrastraban en fila por un estrecho pasaje en el que sólo cabían sus cuerpos, una enorme piedra se desprendió de techo y le rompió la espalda al que iba en medio. Quedó atorado; a sus compañeros les fue imposible mover la roca. El sujeto que iba al último de la fila, a quien llamaré el espeleólogo número tres, retrocedió y fue a buscar ayuda. El que iba hasta adelante, el número uno, no podía salir; el cuerpo y la roca que tenía enfrente se lo impedían. Luego de una breve exploración descubrió que de su lado ya no había camino. Tras recibir el impacto, el número dos se desmayó, pero cuando recuperó la conciencia algunos minutos después, comenzó a dar alaridos. El número tres regresó horas más tarde con una mala noticia: los rescatistas no habían podido llegar hasta ellos. Les dejó medicinas y calmantes, pero de nada sirvieron: el número dos no paraba de aullar. El número tres volvió los cuatro primeros días para ver cómo se encontraban. Después no regresó más: el hedor y los gritos eran insoportables. El número uno sólo tenía dos opciones: esperar a que su compañero muriera o matarlo. La única manera en que podía salir de ahí era utilizando el piolet para romper la roca que aplastaba a su colega...

—¿Matarlo? —dijo Everardo, consternado—. Yo no podría hacer eso...

—Si lo piensas bien, la segunda opción no es tan descabellada: imagina la desesperación del número dos, inmovilizado, clavado en el suelo como la mariposa de un coleccionista. Un suplicio espantoso...

—¿Y qué ocurrió finalmente? —Everardo tiró la colilla de su cigarro por la ventana y encendió las luces del auto. Las montañas aguardaban a unos kilómetros, silenciosas, ajenas al drama que se había vivido en sus profundidades.

—El desenlace tendrá que esperar —dijo Jacobo—. ¿Puedes detenerte un segundo? Necesito orinar.

Everardo orilló la camioneta, apagó el motor y activó las intermitentes. Mientras observaba cómo Jacobo se perdía detrás de un árbol, tuvo un impulso: se inclinó sobre el asiento trasero y revisó la mochila con movimientos rápidos. Su mano tocó algo frío y filoso; extrajo el piolet y lo observó bajo la flama del encendedor: la punta

estaba manchada con sangre seca. Sintió una punzada en el estómago y su mente se bloqueó unos segundos; en un acto reflejo guardó la herramienta y cerró la mochila. Por el rabillo del ojo vio la sombra de Jacobo estirando el brazo para abrir la puerta. Giró el cuerpo y colocó las manos en el volante.

—Listo —dijo el espeleólogo, frotándose las manos y sentándose a su lado—. Está haciendo un frío de su puta madre, qué bueno que me recogiste. ¿Nos vamos?

Everardo encendió el vehículo y arrancó. Sintió que la mirada de Jacobo lo envolvía como una neblina azul; sus ojos lo observaban con recelo.

—No se lo dirás a nadie, ¿verdad? —dijo al fin el espeleólogo, tras un prolongado silencio.

Everardo negó con la cabeza. La noche se había cerrado, disolviendo el paisaje. Sólo estaban ellos dos y la carretera.

—Te mentí... Trabajo en equipo. Aunque esta vez no intentábamos sacar un cuerpo, era sólo diversión. ¿Qué ironía, no?

—Yo también te mentí: trabajo para un periódico, en la sección de nota roja, pero ahora estoy de vacaciones. Entiendo lo que tuviste que hacer...

Los dos hombres se miraron por un instante en la oscuridad. Everardo le sonrió a Jacobo con complicidad.

—Hay una cosa más que debo aclararte —dijo Jacobo—. Tú crees, porque viste la sangre en el piolet, que soy el espeleólogo número uno, pero en realidad soy el número tres.

—¿Y la sangre?

—No revisaste bien la mochila. Adentro está la cabeza del espeleólogo número uno. Él esperó a que el número dos muriera, y salió. Pero afuera estaba yo, aguardándolo... Nunca busqué a los rescatistas ni les llevé medicinas.

Everardo tragó saliva. Sus manos nerviosas se aferraron al volante.

—¿Por qué?

—Podría decirte que por dinero: tenían años aprovechándose de mí, engañándome con la repartición de las recompensas... Pero igual sólo tuve un arrebato de locura. No lo planeé, sólo aproveché la situación.

—¿Y a qué regresas ahora?

—Tú eres el que trabaja en la nota roja. ¿No te enseñaron que los homicidas siempre retornan a la escena del crimen?

Everardo suspiró. Tenía una pregunta más:

—¿Qué vas a hacer conmigo?

—Nada —respondió Jacobo. Su voz sonaba cansada—. Dejé los cuerpos en una caverna muy profunda. Nadie podrá comprobar esta historia... si es que te atreves a contarla.

Everardo vio cómo los faros de la camioneta iluminaban la sombra gris de las montañas cada vez más cercanas. Jacobo continuó:

—Piensa también que esto puede ser una de esas historias que la gente cuenta en

la carretera o en torno a una fogata. En realidad nunca viste la cabeza en la mochila, y la sangre en el piolet puede ser arcilla y barro. ¿Con cuál versión prefieres quedarte?

Tras mediarlo, Everardo respondió:

—No sé... Supongo que es más interesante toparse con un asesino que con un mentiroso.

—No menosprecies a los mentirosos: son grandes contadores de historias. En todo caso, lo que hayas creído dice mucho más de ti que de mí. Esa es la clave de todo relato.

Afuera de la camioneta, la noche creció como una presencia. Everardo y Jacobo intercambiaron una última mirada y después se concentraron en las líneas de la carretera. Durante el resto del trayecto no volvieron a dirigirse la palabra.

EL CONTAGIO

¡MACABRO!

Diario *La Prensa*, sábado 8 de mayo

Extracto de nota

El cuerpo sin vida de un niño de ocho años de edad fue encontrado por un barrendero entre los arbustos de la Alameda Central. El cadáver presentaba signos de tortura y mutilación, por lo que se sospecha que este crimen está relacionado con los de los otros dos menores asesinados en el Centro Histórico en la última semana. El niño aún no ha sido identificado y su cuerpo permanece en el Semefo, a la espera de que algún pariente acuda a reclamarlo.

Revista *El Nuevo Alarma!*, lunes 10 de mayo

Extracto de nota

Ya no hay duda: un asesino serial de niños anda suelto en las calles del Centro Histórico de la Ciudad de México. La PGJDF confirmó que el *modus operandi* es el mismo en los tres casos de los menores, cuyos cadáveres fueron abandonados en distintos puntos del primer cuadro de la ciudad: tortura, mutilación, violación y muerte por asfixia. Las víctimas rondaban entre los ocho y los diez años de edad, y eran de extracción humilde. Lo que más ha llamado la atención de las autoridades es el hecho de que, hasta el momento, nadie ha acudido a reclamar los cuerpos y los menores permanecen sin identificar.

GRAFITI REGISTRADO EL 11/05/10

EN EL ANDADOR DE REGINA,

a la altura del cruce con Bolívar:

Se busca a los padres de tres cadáveres

CONVERSACIÓN TELEFÓNICA GRABADA EL 12/05/10,
CLASIFICADA BAJO EL RUBRO DE «AUDIO CONFIDENCIAL»:

—Me parece que no nos había tocado atestiguar algo de esta naturaleza, Mayor.

—Eso es cierto, pero por la razones equivocadas.

—Puedo revisar los archivos de la Logia y comprobar que no habíamos registrado

un caso así... ¿Por qué estoy equivocado?

—No puedo decírtelo ahora. Tengo una teoría, pero necesita tiempo.

—El tiempo sólo traerá más cadáveres.

—¿Por qué hablas como si pudiéramos intervenir? Me preocupa.

—Algún día...

—No te distraigas de lo importante. Sabes muy bien cuál es nuestra misión.

—Observar cansa.

—Lo sé. Pero alguien tiene que hacerlo.

TRIUNFAN ASESINOS EN EL MUSEO DEL POLICÍA

Periódico *Metro*, jueves 13 de mayo

Extracto de nota

La muestra *Asesinos medievales*, que se lleva a cabo en el Museo del Policía, registra su segunda semana de éxito. Más de veinte mil personas se han dado cita en el inmueble de las calles Victoria y Revillagigedo para conocer las historias de algunos de los personajes más depravados de todos los tiempos.

Por otra parte, la seguridad se ha duplicado en el museo ya que, un día después de la inauguración, fue robada la máscara mortuoria de Gilíes de Rais, el infame Barba Azul, quien en la Francia medieval se dedicó a torturar y asesinar niños. Debido a las exhaustivas revisiones de parte del personal de seguridad del museo, tanto el acceso como la salida del recinto se han vuelto muy problemáticas y los asistentes han plasmado sus quejas en el libro de visitantes.

¿DÓNDE ESTÁ LA MÁSCARA DE GILLES DE RAIS?

Semanario Sensacional, viernes 14 de mayo

Extracto de nota

Las autoridades aún no lo saben. La dirección del Museo del Policía tampoco. El historiador Rodrigo Núñez, curador de la muestra, afirma que la máscara de Gilíes de Rais, el célebre asesino de niños, contaba con un seguro y que, en caso de no ser recuperada, se le pagará una importante suma de dinero a la colección europea a la que pertenece.

Algunos expertos consultados por este semanario consideran que la máscara es una réplica de la original, y que el escándalo del robo es una artimaña perpetrada en busca de mayor publicidad.

CÉDULA INTRODUCTORIA A LA SALA NÚMERO 4
MUSEO DEL POLICÍA
GILLES DE RAIS
PARÍS, FRANCIA, 1404-1440

Asesino nato, cometió su primer homicidio a los once años de edad. Heredero de una cuantiosa fortuna, combatió en la Guerra de los Cien Años al lado de Juana de Arco, quien ejercía sobre él una extraña fascinación. En 1432, se retiró a su castillo de Tiffauges y con la ayuda de sus sirvientes comenzó la ola de infanticidios que le dio fama. Se estima que, en total, Gilles de Rais violó, torturó y asesinó a trescientos niños que arrebatava de las comunidades campesinas, muchas veces engañándolos con convertirlos en pajes y con supuestos mimos que les esperaban en su castillo. Rodeado de una bizarra corte de criminales, brujos, satanistas, magos y alquimistas, se entregó a orgías delirantes en las que, en medio de sus crímenes atroces, invocaba al demonio. En 1440, el tribunal de Nantes inició un proceso en su contra —fue acusado de sodomía y herejía— que condujo a su excomunión y posterior ejecución. Sin embargo, debido a su condición de noble, fue reintegrado al seno de la Iglesia y recibió cristiana sepultura.

AUDIO CONFIDENCIAL /15/05/10

—¿Será posible?

—Es evidente. Me extraña que nadie haya hecho esta conexión en los medios.

—¿Tendría idea el que la robó de lo que estaba haciendo?

—Me parece que sí. Es lo que hace aún más interesante este caso. A eso me refería cuando te decía que es algo inédito.

—¿Copycat o posesión?

—No tengo todas las respuestas. ¿Tú qué piensas?

—Sabemos del poder simbólico de las máscaras: quien la porta se convierte en recipiente del espíritu que representa...

—Perdona que interrumpa, ¿simbólico?

—Mayor, no creerá usted en verdad que... No, yo me inclino por una cuestión de imitación.

—En cualquier caso, estamos claramente ante una situación de *contagio*. Por lo tanto, tomaremos las medidas pertinentes. Conoces el protocolo: la próxima reunión de la Logia queda suspendida hasta nuevo aviso. Sólo tú y yo estaremos en contacto.

—De acuerdo, Mayor. Informaré a los otros.

NUEVO INFANTICIDIO
EN EL CENTRO HISTÓRICO
Diario *El Gráfico*, lunes 17 de mayo
Extracto de nota

La cabeza de un niño, cercenada y clavada en una estaca, fue encontrada por un indigente en una de las jardineras del atrio de la iglesia de Santo Domingo. Los párpados del menor estaban abiertos y engrapados, de manera que los ojos sin vida «miraban» en dirección del Antiguo Palacio de la Inquisición, situado a un costado de la iglesia. Las autoridades han vinculado el caso con la reciente ola de asesinatos de menores en el Centro Histórico, que con este suman cuatro. La víctima, al igual que las tres anteriores, permanece sin ser identificada.

COMUNICADO DE LA ASOCIACIÓN
PARA LA PROTECCIÓN DE MENORES

Al Jefe de Gobierno / A los medios de comunicación / A la sociedad en general:

No podemos permitir que estos crímenes continúen ocurriendo. Nuestros niños son lo más preciado que tenemos y representan el futuro de la nación. Exigimos a las autoridades que capturen a quien resulte responsable y pongan fin a tan abominables actos. Es un hecho que quien está detrás de ellos se aprovecha de niños vulnerables y olvidados, ya que ni siquiera tienen a alguien que reclame sus cuerpos. Exhortamos a las autoridades a que redoblen la vigilancia hacia los niños de la calle, en los albergues y en las esquinas donde suelen buscarse la vida. Nuestra asociación formará brigadas de vigilancia nocturna, por lo que solicitamos al GDF nos apoye y se sume a esta iniciativa tan necesaria como urgente.

Cartel pegado en la estación del metro Balderas
¿LE HAS VISTO?

México, D.F., a 18 de mayo de 2010 Nombre: José López Hernández Sexo: masculino
Edad: 12 años

Estatura: 1.63 m.

Señas particulares: lunar en la frente

Lugar y fecha de extravío: Col. Centro, Delegación Cuauhtémoc, el día 17 de mayo de 2010.

AUDIO CONFIDENCIAL /19/05/10

—Encontré un fallo en su teoría, Mayor.

—¿Sí? Escucho...

—Gilíes de Rais fue quemado en la hoguera. Es imposible que le hicieran una máscara mortuoria. Por lo tanto, la que llegó al Museo del Policía es falsa.

—No se te olvide que Gilíes de Rais primero fue ahorcado y después, en efecto, arrojado a las llamas. En el lapso en que fue bajado del cadalso y trasladado a la hoguera hubo tiempo suficiente para que le hicieran la máscara... Una costumbre por demás extendida en aquella época, principalmente con personajes famosos.

—No sé qué pensar, Mayor.

—Cuidado: no pensar es el mayor de los crímenes, y si ese crimen triunfa, todos los demás continuarán ocurriendo. Te preguntaré algo para reactivar tu mente: dime otro personaje histórico que rivalice con Gilíes de Rais...

—Herodes.

—Una opción muy obvia. Yo mencionaré al emperador Tiberio. Como recordarás, tenía una piscina llena de «pececillos»; es decir, niños a los que había entrenado para que le chuparan y mordieran los testículos mientras nadaba. Y no olvidemos que gustaba de destetar recién nacidos para en su lugar «amamantarlos» con su propio miembro.

—Pienso ahora en otra opción, salida de las leyendas: el Flautista de Hamelin.

—*Touché*. Eso se llama usar la cabeza.

PROCURADURÍA GENERAL DE LA REPÚBLICA /
FISCALÍA ESPECIAL PARA LA ATENCIÓN DE DELITOS
CONTRA MENORES
DECLARACIÓN DEL NIÑO JOSÉ LÓPEZ HERNÁNDEZ
(REDACTADA POR EL AGENTE
AURELIO TAPIA TALAMANTES)

Era más de la una de la madrugada. Lo recuerdo porque minutos antes vi el reloj de la Torre Latino al caminar por el Eje Central, después de terminar mi jornada limpiando

vidrios. Caminaba por la calle de Cuba, rumbo a la vecindad en la que vivo con mi tío Ernesto. (Mis padres murieron hace dos años, cuando viajaban en un autobús que se accidentó en la carretera, y mi tío se hizo cargo de mí). Todo ocurrió muy rápido. Una sombra salió de un zaguán, me puso un trapo en la cara que desprendía un olor muy penetrante y me desmayé. Cuando desperté, pensé que soñaba. Estaba amarrado a una silla de madera que tenía picos de metal en el asiento y en los brazos. Pensé que soñaba porque conocía el lugar. Había estado ahí en mis tiempos de estudiante durante una visita escolar al Palacio de Minería. Era una de las salas de la exposición *Instrumentos de tortura*. La reconocí porque cuando la visité me impresionó mucho y tuve pesadillas durante varios días con los aparatos e historias que ahí se cuentan. Al principio no me dolía mucho, estaba mareado y débil, pero conforme me fui recuperando comencé a sentir cómo lo picos se me encajaban en la piel. Entonces me puse a llorar. La sombra volvió a aparecer. No la podía ver claramente debido a las lágrimas, pero me di cuenta de que se bajó los pantalones y comenzó a tocarse. Eso me asustó todavía más y me dejó de algún modo paralizado, porque dejé de llorar. Alguien le gritó a la sombra desde la entrada de la sala: «Tienes que llevártelo. Me acaban de llamar los de mantenimiento y vienen a hacer reparaciones en el aire acondicionado». «Imbécil», aulló la sombra mientras se subía los pantalones. «Cómo pudiste olvidarlo». Se abalanzó sobre mí y otra vez me colocó el trapo mojado en el rostro. Cuando volví a recuperar la conciencia me llevaba por la calle, apretándome contra su hombro, como si fuéramos dos borrachos. Reconocí la Plaza de Santo Domingo. Me arrastró por República de Brasil y luego por Belisario Domínguez y nos detuvimos frente a una de las entradas laterales de un antiguo edificio. Golpeó a la puerta tres veces, hizo una pausa y luego tocó cuatro veces. Quise mirar su cara pero me tenía aplastado contra su pecho. La puerta se abrió y apareció el velador. «No te tocaba esta noche», dijo. La sombra respondió: «Lo sé. Pero hubo un imprevisto. Te lo compensaré». El velador nos dejó pasar y la sombra me llevó por un patio y después por un largo pasillo. Todo esto lo recuerdo entre sueños, pero yo sabía que estaba despierto: el dolor en mis brazos y mis nalgas era muy intenso y sentía cómo me escurría la sangre. Lo siguiente que recuerdo es que estaba rodeado de figuras de cera, todas representando personajes de la Iglesia. También había algunos instrumentos de tortura, parecidos a los del Palacio de Minería, y otras figuras de cera puestas sobre ellos, con el rostro congelado en una mueca de espanto. Se veían falsos, pero eso me aterraba más, porque si hubieran sido en verdad personas torturadas estarían en las mismas condiciones que yo; en cambio, esos muñecos parecían diabólicos y capaces de hacer las mismas cosas malas que la sombra. Me había colocado al lado de un fraile que sostenía una cruz y de un campesino que cargaba un gancho; en medio de ellos y sobre mi cabeza colgaba una mujer desnuda, cuyos brazos habían sido amarrados por detrás de su espalda y levantados a la altura de su cabeza. Comprendí que se trataba también de una exposición, una que yo no había visto pero que tenía que ver con algo llamado la

Santa Inquisición, según pude leer en un cartel pegado en la pared. Me puse a llorar porque pensé que la sombra quería convertirme en una de esas figuras de cera y dejarme sufriendo por toda la eternidad. Escuché voces: el velador le hablaba a la sombra con tono desesperado: «Es la policía, alguien de las brigadas nocturnas los vio entrar y los reportaron». Después la duela crujió y apareció la sombra en el umbral de la sala. No me había dado cuenta de lo grande que era y de que llevaba una capa negra. Extendió los brazos y por un momento pareció un murciélago. Gritó algo en un idioma antiguo e incomprensible para mí, dio la vuelta y se esfumó. Más tarde entraron los policías y me sacaron. Mientras me colocaban una manta en la espalda y me ponían a salvo en la patrulla, uno de ellos me preguntó si podría reconocer al agresor.

Y fue entonces que me di cuenta que eso sería imposible, porque la sombra no tenía un rostro propio. Podría ser cualquiera, y eso es algo que no me dejará dormir tranquilo nunca más.

¡APARECIÓ!

Diario *La Prensa*, 20 de mayo

Extracto de nota

La máscara mortuoria perteneciente al asesino francés Gilles de Rais, que forma parte de la muestra *Asesinos medievales* en el Museo del Policía, fue encontrada en el casillero de uno de los guardias de seguridad, quien fue remitido a las autoridades y ahora enfrenta cargos por robo y abuso de confianza. El abogado del custodio aseguró que su cliente es inocente, y que lo más probable es que la máscara le fuera «sembrada» por algún rival del trabajo. Por su parte, el acusado, en entrevista exclusiva con este diario, declaró que no recuerda nada. «Tengo la memoria en blanco», afirmó. El objeto fue colocado de nuevo en la sala dedicada a Gilíes de Rais y las medidas de seguridad han sido redobladas. Mientras tanto, la dirección del museo aprovechó para anunciar la prolongación indefinida de la muestra debido al éxito que ha tenido, superando a otras exposiciones anteriores como *Asesinos seriales* y *Vampiros y hombres lobo*.

AUDIO CONFIDENCIAL /20/06/10

—¿En verdad da este caso por concluido, Mayor?

—El asesino está en la cárcel... aunque por los motivos equivocados.

—Pero no tenemos ninguna prueba de que el asesino de niños haya sido el

guardia de seguridad del museo. Sólo fue acusado de robo.

—Ha transcurrido un mes entero sin asesinatos. ¿No te dice eso algo? ¿Qué conclusión sacas?

—Puede ser una coincidencia. Lo único cierto es que hay cosas que no tienen una explicación clara, y que su análisis deja más dudas que respuestas.

—Dudas... benditas sean. La gente prefiere las certezas y desprecia el valor de las dudas, que siempre conducen al misterio. Son la razón de existir de la Logia.

—¿Se levanta entonces la contingencia? ¿Programo la próxima reunión?

—Sí. Pero tenemos que cambiar nuestro método de contacto.

—¿Por qué?

—Es una intuición pero, ya sabes, no puedo evitar tomarla en serio.

—¿Y cuál es, Mayor?

—Este teléfono ya no es seguro.

EL GRAN MAL

*Para Andrés Ríos Molina, Víctor Mantilla y Jonathan Minila.
Cada uno sabe la parte que le toca en esta historia.*

Durante muchos años soñé con una enfermera sin saber por qué. Venía hacia mí como en una fotografía de época, en color sepia, vestida con su uniforme y una cofia coronándole la cabeza. Emergía desde el fondo de un largo y oscuro pasillo hasta plantarse frente a mí. Entonces me miraba con ojos atormentados y decía palabras que nunca logré escuchar, como si en realidad se tratara del fragmento de una película muda. De hecho, más de alguna vez llegué a pensar que era alguna cinta que vi durante mis años de estudiante en la Facultad de Arquitectura, cuando asistía con regularidad a las sesiones del cineclub de Ciudad Universitaria. Nada más equivocado, aunque a la luz de las cosas que he descubierto recientemente, y mientras escribo todo esto en la penumbra del departamento con las ventanas tapiadas, hoy sé que los recuerdos que no nos pertenecen —al menos no en esta vida— llegan a nosotros como fragmentos de un filme perdido.

Ni siquiera mi psiquiatra estuvo cerca de adivinar la verdad. Intentó relacionar la presencia recurrente de la enfermera en mis sueños con mi madre muerta, un trauma de infancia no superado. Su teoría nunca me convenció, aunque tenía algo de lógica: mi madre falleció de cáncer en el páncreas, tras una larga convalecencia en un sombrío hospital, cuando yo tenía once años. Dejé de ver a mi psiquiatra mucho antes de conocer la verdad, pero me hubiera gustado saber qué pensaría al respecto. Nunca he creído demasiado en los psiquiatras —no estoy seguro de que la solución a los problemas del hombre contemporáneo sea domesticar a sus demonios—, pero me parecen un amigo al que uno puede descargarle toda su basura sin necesidad de un trago de por medio. En cualquier caso, me quedaré con la duda, porque he tomado una decisión y no hay marcha atrás. Arranqué el cable del teléfono, cerré la puerta con doble cerrojo y tiré la llave por el escusado. Mi aislamiento del mundo exterior es total.

En mi adolescencia me pareció emocionante el hecho de haber sido concebido en las Torres de Mixcoac, lugar donde antiguamente se alzaban los pabellones del Manicomio General La Castañeda. Mi padre me lo contó como una curiosidad, y yo utilicé esa información para impresionar a mis compañeros de escuela. En esa época había comenzado a manifestarse en mí un problema de epilepsia, las convulsiones que me sorprendían en el salón de clases me convertían en un fenómeno a los ojos de todos, en un enfermo al que había que evitar como si portara un virus contagioso.

Intenté ganar amigos contando la anécdota de La Castañeda. Algunos de mis compañeros, intrigados, me pidieron que los invitara a la casa con la idea de rastrear algún vestigio de locura, pero una vez que veían las insípidas torres grises y rojas, así como su apacible patio con juegos y jardineras, se decepcionaban y perdían interés. Mi repentina popularidad se esfumó como había llegado y pronto volví a ser el sujeto apestado y solitario del salón, aunque para entonces las medicinas ya controlaban mis ataques. También dejé de entusiasmarme por el tema y con el tiempo lo olvidé. Pero hay cosas que forman parte de uno de manera indisoluble, y tarde o temprano regresan para instalarse en el lugar que les corresponde. Así fue con La Castañeda, pero para eso tendrían que pasar más de treinta años.

Cuando estaba por ingresar a la preparatoria nos mudamos de casa. Mi padre, mi hermana menor y yo nos cambiamos a Copilco, y dejamos atrás las Torres de Mixcoac. Sin embargo, mi padre no quiso deshacerse del departamento porque era herencia del abuelo, y lo puso en renta. Estaba escrito que seguiría siendo de la familia porque mi padre, que murió hace quince años, nos lo heredó a mi hermana y a mí, a pesar de que se volvió a casar y procreó dos hijos con su nueva mujer. Y aunque ni mi hermana ni yo teníamos intenciones en aquel momento de habitarlo —ella reside en el extranjero desde hace tiempo y yo prefiero el centro de la ciudad—, decidimos conservarlo. Las casas son cápsulas de recuerdos y sentimientos, y la mayoría de las veces, cuando se disuelve la familia, nos aferramos a los muros como si en ellos pudiera quedar atrapado algo de nuestro pasado. Es por eso que las casas paternas terminan pareciéndose a un museo. En mi caso, sin embargo, resultó ser algo más.

Su nombre se me reveló en las páginas de un libro. Hace dos meses, mientras hurgaba en una librería de viejo de la calle Donceles en busca de un diccionario de urbanismo, me topé con un estudio titulado *Montañas de locura. Usos y costumbres del Manicomio General ha Castañeda*. Los recuerdos se dispararon de inmediato, haciéndome sentir que tenía en las manos una pequeña máquina del tiempo, aunque en ese momento no sabía que no se trataba de una metáfora. Quedaba un solo ejemplar, así que decidí dejar para otra ocasión lo que andaba buscando, compré el libro y me fui a mi casa a leerlo. Ya iba bastante avanzado en sus páginas cuando apareció en ellas la imagen que me perseguía en sueños. Aquella mujer de uniforme y cofia tenía un nombre y una historia: Leonarda Servín, enfermera del pabellón de epilépticos de La Castañeda durante la década de los años cuarenta. El libro reproducía algunos fragmentos de su diario, en el que confesaba una relación amorosa con uno de los internos. Sólo se refería a él como X, pero en cambio, las descripciones de sus encuentros amorosos eran más detalladas:

X parece presentir sus ataques epilépticos y entonces le entran las ganas de poseerme. Me volteo con violencia, me arroja contra la cama, me levanta la falda y me embiste con un frenesí que me hace acompañarlo en su locura. Cuando todo termina y quedamos desfallecientes uno al lado del otro, baja su mano hasta mi vagina, recoge el semen que escurre de ella y lo acerca a mis labios para que lo beba. Dice que así estaremos ligados por siempre.

Páginas adelante se relataba que Leonarda comenzó a desarrollar una empatía psíquica extrema con X, al grado de que por momentos dudaba de su propia cordura. En una de las entradas de su diario, fechada en 1945, escribió:

Anoche tuve una visión extraña mientras hacía ronda por el pabellón. Al doblar la esquina en uno de los pasillos me topé con X, quien estaba sentado ante un escritorio. Lo primero que me alarmó fue que estuviera fuera de su celda, pero después me di cuenta que no se parecía al hombre que yo amaba ciegamente. Vestía una ropa que no era propia del manicomio, como si se tratara de un extranjero o un habitante de otro lugar; incluso tenía un corte de cabello diferente. Estaba inclinado sobre un cuaderno en el que escribía muy concentrado una serie de notas. Lo llamé, pero parecía no percatarse de mi presencia. Avancé hacia él, mientras mi corazón comenzaba a acelerarse y un sudor helado cubría mi frente. La vista se me nubló, las piernas me fallaron y me desvanecí antes de alcanzarlo. Desperté minutos después sobre las baldosas del pasillo. La visión de X había desaparecido. Entonces me dirigí a su celda, donde lo encontré durmiendo.

El romance entre X y Leonarda terminó de manera abrupta a finales de la década, cuando el diario fue descubierto y ella expulsada de La Castañeda. Según consta en los expedientes del manicomio, X pidió en repetidas ocasiones a sus padres que lo dejaran regresar a casa; eran intentos desesperados de continuar la relación con su amante, pero su familia nunca lo quiso de vuelta. El libro explicaba que, en aquella época, la epilepsia —a la que los psiquiatras denominaban «El Gran Mal»— era considerada un estigma social, una «degeneración de la raza», por lo que los familiares de los enfermos solían abandonarlos a su suerte en La Castañeda, junto a otros despojos humanos que cohabitaban detrás de sus muros, y que poco o nada tenían que ver con la locura: prostitutas, ninfómanas, alcohólicos o rebeldes adelantados a su época.

Tras esa extensa jornada de lectura pensé en las Torres de Mixcoac, y en mi infancia entre esos edificios contruidos en un tiempo en el que se creía que un entorno cerrado y autosuficiente era sinónimo de vanguardia. Los arquitectos aliados de la modernidad confiaban en que esas pequeñas ciudades dentro de la gran ciudad pudieran prosperar sin la contaminación del mundo exterior. Me di cuenta de que la misma idea de progreso había alentado la construcción de La Castañeda cien años atrás, aunque ahí era al revés: los alienados debían ser aislados para no contaminar a la sociedad. Pensé también en Tlatelolco, Juárez, Santa Fe; todos esos multifamiliares alcanzados por la realidad de una urbe que no dejaba espacio para las utopías. Lo irónico era que a esos experimentos urbanísticos no los había infectado la ciudad, sino sus mismos habitantes. Convertidos en colmenas humanas por los propios inquilinos, los multifamiliares fracasaron como espacios de genuina libertad... El precio que se paga por querer vivir en esta ciudad, y a la vez intentar esconderse de ella.

Una cosa atrae a otra. Días después de la lectura del libro abrí el periódico y me topé con un anuncio: la semana siguiente se inauguraría una exposición fotográfica sobre La Castañeda en el Centro Histórico, a tan sólo unas cuadas de mi departamento. Acudí a la inauguración en la Casa de las Ajaracas, sede del Museo Archivo de la Fotografía, pero había demasiada gente y la muestra no se podía ver con calma. Le arrebaté un vaso con vino a un mesero y salí a la calle de Guatemala, donde los concheros comenzaban a golpear los tambores y soplar los caracoles en medio del humo del copal. Los danzantes que se congregan en torno al Zócalo siempre me han parecido un presagio ominoso, el recordatorio de una revancha que puede cumplirse en cualquier momento. Mientras bebía el vino barato y observaba los movimientos de los concheros con las ruinas del Templo Mayor como telón de fondo, recordé que la Casa de las Ajaracas, un edificio colonial construido en el siglo XVII, había sufrido un derrumbe algunos años atrás, y que de los escombros había surgido Tlaltecuhltli, un monolito más grande que la Piedra de Sol. Ahora sé que nada ocurre por casualidad, pero esa noche comenzó a invadirme la sensación de que los acontecimientos de los últimos días estaban conectados. De regreso en casa, mientras intentaba dormir, estuve dándole vueltas a una idea que terminó convertida en certeza: las cosas que ocuparon un lugar y que luego fueron derribadas o borradas, no ceden tan fácil su territorio. ¿Cuál podía ser entonces el papel de un arquitecto en esta ciudad-palimpsesto? Llegué a la conclusión de que en la Ciudad de México no se debía ser arquitecto, sino arqueólogo. Aquí no hay que construir más, sino desenterrar todo lo que está escondido.

Regresé al museo al día siguiente y pude recorrer la exposición con detenimiento. Desde la primera imagen de La Castañeda me sentí inquieto: mostraba su imponente fachada afrancesada, con un reloj presidiéndola como un absurdo recordatorio de que el tiempo debe seguir contando para aquellos que ya viven fuera de él. Conforme fui recorriendo las distintas secciones comprendí que aquella sensación no tenía que ver con los alienados, a quienes de alguna manera sentía familiares —a algunos de ellos ya los había visto en fotografías incluidas en el libro—, sino con la arquitectura del lugar, con aquellos edificios rectangulares y sus patios polvorientos y agrietados. Lo que más me agobiaba eran los muros, que comenzaron a convertirse en una presencia sofocante en cada una de las fotografías en las que aparecían. En algún momento sentí deseos de alejarme de ahí y abandonar el museo, pero me ganó la curiosidad de averiguar qué era lo que me perturbaba. Pensé en mi psiquiatra y en lo que hubiera aventurado al respecto: «Fue un sentimiento empático al reconocer en ese lugar lo que después fue tu propia casa de la infancia...» Encontré la respuesta en el tercer piso. Era una fotografía de la entrada del pabellón de epilépticos. Detrás de las rejas

estaban varios internos, recargados en las paredes o en los barrotes. Al fondo, pero distinguiéndose de manera clara, un loco miraba fijamente a la cámara, mientras esbozaba una sonrisa enigmática. Una mueca que resumía los últimos acontecimientos y cerraba un círculo perfecto y atroz. Estuve mirando esa imagen por largo tiempo, hipnotizado, hasta que un vigilante me interrumpió para informarme que ya era hora de cerrar.

No sé si alguien llegue a leer algún día estas notas que escribo en la penumbra del departamento de las Torres de Mixcoac, al que me he mudado hace una semana. No necesito aclarar detalles al hipotético lector que encuentre este estudio arqueológico sobre mí mismo. Los relatos, al contrario de las casas que se construyen a la medida de los inquilinos, no se escriben para complacer a nadie; sin embargo, hay un punto en el que ambos se parecen: siempre habrá alguien dispuesto a habitar en ellos. Aunque supongo que los mejores relatos son como casas abandonadas en las que nadie quiere quedarse, pero en las que no se puede dejar de pensar tras pasar una noche en ellas.

Hoy cortaron la luz por falta de pago, así que terminé la redacción de este cuaderno a la luz vacilante de una vela. Miro las paredes de la habitación. Hay quienes cuelgan en ellas cuadros y retratos, pero lo que yo tengo son sombras que se agitan en las galerías de mi museo familiar.

La puerta está cerrada con doble llave.

El teléfono desconectado.

Las ventanas tapiadas con clavos y pedazos de madera.

El frasco de mi medicina lleno pues hace días que he dejado de tomarla.

Presiento las primeras convulsiones. Es como si un animal escarbaba dentro de mi cerebro. Cierro los ojos y veo el largo y oscuro pasillo que se abre ante mí como un camino; la cofia blanca y los ojos atormentados en los que ahora hay un brillo de esperanza. Por primera vez entiendo las palabras que pronuncia la enfermera.

Dice: «Estuve esperando tu regreso».

DEUTERONOMIO

No te harás ídolos ni imagen tallada alguna de lo que hay arriba en los cielos, o abajo en la tierra, o en las aguas, debajo de la tierra.

Dt: 5,8

Vine aquí abajo para esconderme de Jesucristo. También, porque hace muchos años las voces dentro de mi cabeza me ordenaron hacer algo terrible. Igual que Abraham obedecí, pensando que se trataba de una prueba del Señor, pero no hubo un Ángel que detuviera mi cuchillo. Desde entonces soy un pecador en penitencia. He pasado por diversos castigos y penurias, pero sé muy bien que el perdón no ha llegado y que, de encontrarme cara a cara con el Hijo de Dios, me condenaría sin dudar a las llamas eternas.

Hoy es el día señalado por la Iglesia del Juicio Final para el regreso de Cristo. Elstuve atento a las profecías y me preparé para afrontar el Holocausto. Pacientemente fui armando un refugio y lo llené de provisiones. Aún tengo una misión, una última que tal vez consiga la salvación de mi alma. He sellado ya la entrada al búnker. Mi compañía son la Biblia y este cuaderno en el que, como Moisés, redactaré un nuevo *Deuteronomio*: las leyes que guiarán a los sobrevivientes a la destrucción.

Conozco las cloacas a la perfección. El sistema de drenaje que se extiende bajo el asfalto como una ciudad subterránea. Elegí una antigua estación de bombeo abandonada. No figura en los mapas que trazamos hace décadas, durante lo que llamaré el Proyecto Noé. Es un lugar ideal y seguro. Creí que encontraría a mis viejas amigas las ratas, pero se han marchado. Presienten que el final se aproxima. Las extrañaré: son los únicos seres vivos que despiertan mi simpatía. Ellas no me temían cuando estuve atrapado en los túneles. Me hicieron compañía y me brindaron el alimento de su carne. Ahora estoy solo, escribiendo a la luz de una vela. ¿Cuánto tiempo permaneceré sepultado? Esta vez ni Dios lo sabe. Cuarenta días y cuarenta noches, quizá.

El Predicador de la Iglesia del Juicio Final quiso darme un veneno, el mismo que suministró a sus seguidores. Le hablé de mi misión y su respuesta fue que nadie era especial. Todos debíamos morir para resucitar en la Gloria Eterna. Me decepcionó. Era un cobarde, y tenía tanto miedo como yo de ser castigado por sus pecados.

Pero el Hijo de Dios ya está aquí. Vino a juzgar tanto a vivos como a muertos. Las lápidas se abrieron. Al principio se escucharon los gritos de la gente que intentaba huir. El pánico de los vivos. Ahora sólo se oye el paso lento de los muertos,

sus pies descarnados arrastrándose sobre el pavimento. Sin embargo, estoy a salvo en el búnker. Dios se encuentra ocupado separando la basura allá arriba. No soy soberbio: conozco mi falta. Es la razón por la que la red de drenaje me resulta familiar.

Yo asesiné a mi hijo.

* * *

Un homicida podrá refugiarse allí y salvar su vida, si mató a su prójimo sin querer, sin haber sido antes su enemigo.

Dt: 19,4

Hace mucho tiempo que no pienso en mi hijo. Quiero decir que ya no lo recuerdo vivo. Siempre me ha acompañado la imagen de su garganta cercenada. Esa última y extraña sonrisa que me prodigó desde su cuello. Esa segunda boca por la que salieron palabras que no pude comprender. Y aunque parecía reír, en sus ojos estaba fija una mirada de desconcierto y terror. Porque hasta para un niño de siete años debe ser incomprensible que su padre lo mate. Él no sabía nada de las voces en mi cabeza. Del sacrificio que me pidieron para iniciar el largo camino que me trajo hasta este búnker. La policía tampoco comprendió nada, por supuesto, y tras un corto juicio fui condenado a cadena perpetua.

Tiempo después vino el Proyecto Noé. Comenzaba a pudrirme en mi celda cuando el gobierno puso en marcha un programa de emergencia para reconstruir el colapsado sistema de drenaje que amenazaba con desatar un Armagedón anticipado en la ciudad. Todo se hizo en secreto: cientos de reos fuimos obligados a trabajar en estas cloacas inmundas. Limpiamos ductos y tuberías. Saneamos los colectores que tenían remedio y sellamos los inservibles. Cavamos nuevos túneles y galerías, y las conectamos a las viejas. Fue algo parecido a remendar un gigantesco laberinto. Muchos reos murieron durante el proceso, algunos sepultados por los continuos derrumbes, otros ahogados en los inesperados torrentes, la mayoría por la extenuación. Ni siquiera sacaban los cuerpos. Las ratas se dieron un festín durante el largo periodo que tardamos en arreglar ese caos.

Cuando cerrábamos la última galería inservible hubo un derrumbe que dejó atrapado a un grupo de presidiarios. Las autoridades no hicieron nada por rescatarnos. Los escombros cerraron el túnel, así que el trabajo estaba completo. Además, nadie reclamaría el pellejo de un puñado de asesinos. Aquella tumba era nuestro destino

final. La primera noche gritamos como poseídos e imploramos el rescate, hasta que escuchamos cómo el resto se marchaba. Sólo yo sobreviví. Pasé meses en los túneles clausurados, escarbando la tierra pútrida con mis propias uñas, avanzando de un pasadizo a otro. Platicando con las ratas que, a veces, me respondían. Me volví un animal de las profundidades. Hasta que un día mis ojos se toparon con un rayo de sol. Una visión divina que descendía de una alcantarilla situada en la calle. Tuve que esperar a que se hiciera de noche para salir. Allí, con la libertad a unos metros, pensé en mi futuro, y tuve una certeza: mi penitencia no había terminado.

Emergí de las cloacas como un auténtico Lázaro. La gente me confundió con un menesteroso y me ignoró. A unos pasos de la alcantarilla había una iglesia. La cruz de neón rojo que flotaba sobre su fachada fue una epifanía. De su puerta salió el Predicador y me extendió la mano. Desde entonces me volví un fiel devoto de la Iglesia del Juicio Final.

Una corriente de aire agita la llama de la vela. ¿De dónde ha salido? Y comprendo, con un estremecimiento. No es el viento: es la risa de mi hijo. Ahora la escucho con nitidez en la penumbra.

No estoy solo en este búnker.

* * *

*Hoy hemos visto que Dios puede hablar al hombre sin que este perezca.
Pero no queremos morir devorados por ese gran fuego, y si seguimos
oyendo la voz del señor nuestro Dios moriremos. Porque, ¿hay algún
mortal que, habiendo oído como nosotros la voz del Dios vivo hablando
desde el fuego, haya quedado con vida?*

Dt: 5,24-26

Me despertó una fuerte sacudida. Al principio pensé que soñaba, pero después me di cuenta de que el búnker se había ensanchado. Fue un terremoto, uno de tantos que vendrán durante la destrucción. Una de las paredes de la vieja estación se derrumbó y ahora hay un hueco, una boca enorme que desea tragarme. La risa que escuché anoche proviene de ahí. ¿Cómo llegó hasta este lugar? Quizá vino conmigo durante el Proyecto Noé y aquí se quedó, esperando mi regreso en la oscuridad. Intuyo lo que me espera del otro lado del agujero: palabras hechas de burbujas de sangre y saliva. Pero antes de acudir al inevitable encuentro debo pensar en cómo era mi hijo cuando estaba vivo, en ese único recuerdo que poseo previo a su muerte: lo que Dios me

permitió guardar en la memoria para saber que no fue una pesadilla, que aquello que destruí era algo hermoso que le arrebaté al mundo, a su madre, pero sobre todo a mí mismo.

Era un día soleado. Mi hijo disfrutaba de los juegos infantiles en el parque. Sonreía. Iba de los columpios al sube y baja, y sonreía. Yo lo observaba sentado en una banca, con la Biblia entre las manos. Su pelo chino y castaño reverberaba con el sol, sus dientes blanquísimos refulgían en cada risa. De pronto desapareció. Había bajado la vista un segundo hacia las páginas de la Biblia y, cuando regresé la mirada hacia los juegos él ya no estaba. Fue una sensación espeluznante. Y no porque me llenara de temor la repentina desaparición de mi hijo, sino porque me di cuenta de que su ausencia encajaba perfectamente en el mundo. Cuando mi hijo emergió segundos después de uno de los juegos en forma de tobogán, riendo como siempre, supe que las voces tenían razón, y que yo debía borrar esa sonrisa. Era demasiado perfecta.

Ahora la voz de mi hijo me llama desde el hueco del muro. Es un borboteo. El siseo de una serpiente. El ruido de un cuerpo momificado que se arrastra en la penumbra. Llevo tanto tiempo escuchándola que comienzo a entenderla. Me dice: «Hola papá. Ven a jugar conmigo aquí abajo. Flotaremos en la oscuridad. Y ya nada podrá separarnos».

Tengo lista una antorcha. Me llevaré sólo este cuaderno. Un viento caliente sopla desde el agujero y se me unta en la cara, como la lengua de un animal. La risa es más nítida. El juego empieza a ponerse serio. Miro la pared y me dispongo a penetrar en su boca hambrienta.

* * *

El Señor te herirá de locura, ceguera y delirio, de stierte que en pleno día andarás a tientas, como anda a tientas el ciego en su tiniebla.

Dt: 28,28

Hago una pausa en el camino para relatar lo que he ido encontrando del otro lado de la pared. Atravesé una serie de galerías subterráneas que no conocía. Son muy antiguas, están talladas directamente en la piedra y carecen de revestimiento de concreto. La antorcha poco puede hacer para iluminar la oscuridad que me rodea. La tiniebla del centro de la Tierra es espesa, casi líquida, como si en realidad avanzara en las profundidades del océano. Sin embargo, he notado que el terreno se inclina y

ahora desciende. En algunos tramos las rocas parecen contener inscripciones, trazos extraños e indescifrables como jeroglíficos. Quizá sólo son las sombras que proyecta la antorcha en las piedras pero, por momentos, creo que las paredes susurran un lenguaje ominoso.

No sé cuánto tiempo después llegué ante un inmenso agujero abierto en el suelo. Es donde me encuentro ahora. Unas escaleras de piedra se adentran en él y descienden en espiral. Parece la entrada al inframundo. El calor es intenso y estoy empapado en sudor. Debo dejar de escribir porque las gotas caen sobre el cuaderno, convirtiendo también en jeroglíficos mis anotaciones. Puedo ver cómo las letras cambian de forma ante mis ojos.

Las escaleras me aguardan. La risa de mi hijo desapareció, pero este silencio pétreo resulta más aterrador. Espero volver a esta bitácora en algún momento. El descenso parece no tener fin.

(*Más tarde*)

Todo está perdido. Lo que encontré al final de las escaleras superó mis más sombríos presagios. Ni, mi diario ni yo sobreviviremos. Aun así, escribo para conjurar el horror de estos últimos instantes. Nadie puede escapar a su castigo, ni siquiera sepultándose bajo tierra. Ahora comprendo que fui atraído a esta trampa como un insecto. Y llegó el momento de pagar con mi propia alma.

Tras bajar por esa espiral eterna, llegué ante una cueva en cuyo centro se alzaba una gigantesca zarza ardiente. No era una visión infernal: era como estar frente al mismo Sol. El calor resultaba insoportable y mi piel comenzó a llenarse de ampollas. Antes de que pudiera regresar por donde había venido, una voz colosal se proyectó desde la zarza incandescente. Me dijo: «¿Creías poder esconderte de mí? Vine por todos. Porque todos cabrán en el infierno». No pude mirar más, sentía como si mis pupilas se derritieran. Me di la vuelta y comencé a subir por las escaleras lo más rápido que pude, pero era inútil, la voz se escuchaba dentro de mí: «No puedes huir. Quemaré tus entrañas y continuaré la cosecha. Porque soy la Peste Encarnada. El contagio me alimenta».

Con mis últimas fuerzas regresé al búnker. No habrá un nuevo *Deuteronomio*, tampoco redención. El Predicador no se equivocaba: debí consumir su veneno. Yo no era especial. Nadie lo es, mucho menos a las puertas del Apocalipsis.

El calor me abrasa por dentro y no puedo escribir más. El Dios de las Profundidades ha llegado al umbral de la pared. Antes de que desate sobre mí su castigo final, lo escucho decir: «Hola papá. Es un hermoso día soleado».

* * *

Y vosotros que erais numerosos como las estrellas del cielo, quedaréis reducidos a un pequeño número por no haber obedecido al Señor Dios.

Dt: 28,62

El sargento Gutiérrez se subió a su auto y se dirigió al Servicio Médico Forense. Aunque era domingo, tenía una cita con López para hablar de trabajo. El caso que tenían en sus manos era uno de los más extraños de sus carreras. Accidentalmente, trabajadores del sistema de drenaje profundo provocaron un derrumbe en uno de los túneles mientras hacían reparaciones y descubrieron un búnker secreto. Dentro estaba un hombre muerto y un cuaderno en que relataba su estancia en aquel agujero. El texto era críptico, pero se entendía que el hombre creía en el Juicio Final y por eso se había refugiado bajo tierra. Cómo diablos tenía conocimiento de aquella estación de bombeo abandonada, era uno de tantos misterios que rodeaban el caso.

López le había mandado un mensaje mientras se encontraba en la cantina, diciéndole que tenía los resultados de la autopsia. Tras pagar al mesero y despedirse de algunos parroquianos, Gutiérrez se marchó. Condujo por calles poco transitadas, disfrutando la sensación de embriaguez que invadía su cuerpo. El cielo estaba despejado y hacía buen clima. ¿El fin del mundo? Qué tontería.

El forense le ofreció una taza de café y después le entregó el expediente. Mientras lo revisaba, López le dijo:

—Hay algo inexplicable.

—Es un caso singular —comentó Gutiérrez, sin despegar la mirada de las páginas—. ¿De qué hablas?

—Por fuera, el cuerpo de este hombre estaba intacto —el forense hizo una pausa, mientras encontraba la manera adecuada de expresarse—. Pero por dentro...

—Lo leeré primero aquí si te sigues tardando.

López tomó aire y se animó a decirlo:

—Parece como si se le hubieran cocido las visceras.

Gutiérrez dejó de leer el informe y miró al forense. No dijo nada, pero aquellas palabras se clavaron en sus oídos como uñas afiladas.

De regreso a su casa, Gutiérrez pensó en aquel hombre, su sombrío refugio subterráneo y el contenido del diario. Recordó lo que relataba: el descenso hacia la caverna y el encuentro con la zarza ardiente. No sabía qué conclusión sacar de todo aquello, pero de una cosa estaba seguro: en su reporte recomendaría a las autoridades sanitarias que rellenaran ese búnker con cemento. Si por alguna razón había en el drenaje algo más que ratas, no sería él quien bajaría a comprobarlo.

Sacó la cabeza por la ventana del auto y dejó que el aire fresco lo golpeará.

Era un día endemoniadamente agradable.

LOS BÚHOS NO SON LO QUE PARECEN

1

Su nombre era extraño, como todo lo que supe de ella: Asunción Izquierdo. Lo encontré en las páginas de un libro que compré en la Casona de Aura, la librería de viejo de la calle de Donceles que visitaba con regularidad para hacerme de algún ejemplar de dudoso contenido. Me gustaban los textos de pseudociencia y fenómenos difícilmente comprobables, porque en ellos encontraba lo que consideraba «la otra literatura»: historias cubiertas por un velo de ensoñación que transformaban la realidad de un modo fascinante. Ahora me he alejado de todo eso, de la calle de Donceles, de sus librerías y, sobre todo, de los caminos insospechados a los que pueden conducir los volúmenes que reposan en sus estantes.

El volumen en cuestión se llamaba *Los hombres adyacentes*, aunque me referiré a su contenido más adelante. Lo que apremia decir es que desde que leí el nombre de Asunción escrito con una caligrafía elegante en la primera página, sentí una inmensa curiosidad por conocerla. Varias cosas me intrigaban en ese momento: ¿por qué había elegido, igual que yo, un libro de contenido tan delirante como sospechoso? ¿Se había acercado a él por simple entretenimiento —como era mi caso— o con un sincero interés que delataba una personalidad ingenua y fantasiosa? Bajo su nombre estaba escrita también una fecha. Asunción había adquirido el libro tan sólo dos meses antes que yo. Era evidente que, tras leerlo, lo cambió de inmediato por otro en la librería; una costumbre también enraizada en mí. En verdad empezaba a sentir una fuerte empatía hacia aquella desconocida. En esos días no creía en las casualidades como algo cósmico e ineluctable, pero sí veía en ellas la oportunidad para conectar cosas que de otra manera pasarían de largo sin tocarse. Esa era, suponía, la chispa que transformaba el azar en un acto sublime, la ociosidad en creatividad. No pretendía ser un artista. En realidad, me consideraba un cazador de posibilidades. Alguien a quien le gustaba tocar en ciertas puertas para ver qué había detrás de ellas.

Tras terminar de leer *Los hombres adyacentes* fui a la librería y se lo mostré a Horacio, uno de los dependientes que conocía muy bien mis inclinaciones temáticas, y a quien tenía años comprándole sus recomendaciones. Le comenté que me había intrigado el nombre de la anterior propietaria.

—¿La conoces? —pregunté con expectación.

—Sí —respondió sin necesidad de meditarlo—. Es una cliente frecuente. Aunque ahora que lo pienso, tiene como un mes que no viene.

—¿Cómo es?

—Joven, de cabello castaño y tez blanca... ¿Por qué el interés?

—Hizo unos subrayados muy interesantes —mentí—, y me gustaría discutirlos con ella. ¿Sabes dónde vive?

Horacio estaba acostumbrado a mis extravagancias, pero esto le pareció demasiado. Se me quedó mirando con recelo. Al final cedió:

—Atrás de aquí, en la calle de Cuba, en un edificio azul que está en la esquina. Le he llevado libros varias veces. Creo que vive en el departamento seis.

Le agradecí el dato y sin esperar más me dirigí hacia la casa de Asunción. No sabía cómo iba a abordarla. Sólo tenía una certeza: aquel libro había abierto una ruta hacia nuestro encuentro.

2

El edificio donde vivía Asunción era la típica vecindad del Centro Histórico: vieja, descuidada y sin puerta que resguardara su entrada. La habitaba gente que durante décadas había mostrado un singular desdén hacia su propia vivienda; una indiferencia probablemente heredada de la época en que las rentas eran congeladas. Esa actitud, bastante extendida entre los inquilinos de la zona, contribuyó en parte a la ruina del centro. En la vecindad de Asunción había basura y escombros por todas partes, ropa tendida en los balcones y perros famélicos rascándose las pulgas.

Me dirigí a la puerta marcada con el número seis y timbré. Nadie respondió, así que volví a intentarlo. En ese momento entró una mujer cargando bolsas del increado.

—¿A quien busca, joven? —me preguntó.

A Asunción. Soy su primo —mentí.

La mujer se me acercó y me dijo en tono afectado: Qué bueno que lo veo. Fíjese que hace como un mes que no la vemos entrar ni salir de su casa. Ella es... usted sabe... una muchacha *especial*. Siempre está a la luz de las velas y reza extrañas oraciones. Pero le tenemos aprecio y estamos preocupados. ¿Se habrá ido de vacaciones?

—Quizá. Volveré a buscarla después.

—Si sabe algo —me dijo, en creciente tono mustio—, por favor no deje de informarnos.

Me despedí de la mujer y me dirigí a la salida, pensando en su siniestro uso del plural. ¿Quiénes *estaban* preocupados? ¿Ella y su familia? ¿Todo el edificio? Imaginé a una comunidad de inquilinos recelosos y metiches al pendiente de lo que una persona como Asunción pudiera estar haciendo. Era, sin duda, la vecina incómoda, un ser raro salido de los libros que leía.

En la entrada me fijé en los casilleros para el correo. En el número seis había una cantidad considerable de correspondencia acumulada. Siguiendo un impulso, la tomé y la empecé a revisar pasándola rápidamente entre mis manos. El nombre de un remitente llamó mi atención: J. J. Carrasco, el autor de *Los hombres adyacentes*. Devolví el resto del correo a su lugar y me quedé con la carta. Al marcharme, pude ver por el rabillo del ojo que la mujer chismosa me hacía señas desde la puerta de su casa.

3

La dirección del remitente señalaba que J. J. Carrasco vivía a las afueras de la ciudad, en una urbanización situada a las orillas del bosque. Todo parecía indicar que Asunción llevaba un mes desaparecida: ni en la librería ni en la vecindad la habían visto en ese tiempo e incluso el propio Carrasco se extrañaba de la situación, según comprobé al leer la carta. El autor se lamentaba de que Asunción aún no hubiera regresado a su casa del bosque para participar de nuevo en algo que llamaba El Taller (así, con mayúsculas). La carta no dejaba claro de qué tipo de actividad se trataba, pero no parecía de índole literaria, lo cual me intrigó. La misiva terminaba diciendo: «Los elementos te seguirán esperando para intentar nuevas comunicaciones. Sabes que eres la única que puede lograrlo».

Indagué sobre Carrasco en Internet: era un escritor viejo y olvidado. Había adquirido cierta fama en la década de los setenta por sus libros sobre ocultismo y fenómenos paranormales, pero tenía treinta años sin publicar algo nuevo. Pensé en el hombre solitario, atrayendo a mujeres curiosas y algo fanáticas hasta su exilio en medio de la naturaleza. ¿Qué clase de «Taller» impartiría para ganarse algo de compañía? Lo que fuera, consiguió el interés de Asunción. En la red estaba el correo electrónico de Carrasco. Le escribí diciéndole que me interesaba visitarlo. Tardó unos días en contestar, pero me dio una cita. Mientras la fecha llegaba estudié con detenimiento el contenido de su libro: quería estar preparado para parecer uno de sus seguidores. Sospechaba que no iniciaría a cualquier persona en su misterioso

«Taller», así que formulé teorías y preguntas a partir de sus escritos. Carrasco era mi boleto para cerrar el círculo entre Asunción y yo, y no estaba dispuesto a estropearlo.

4

Antes de narrar mi encuentro con Carrasco, es momento de comentar el contenido de *Los hombres adyacentes*. Mi percepción de los conceptos que vertió en esas páginas cambió de manera radical tras marcharme de su casa, a donde espero no volver nunca. Espero también que nadie más se deje atrapar por esa mente siniestra.

Cuando lo leí por primera vez, lo consideré un gozoso ejemplo de lo que ya expliqué era para mí «la otra literatura». Su tema central es la genealogía de unos seres que Carrasco denomina precisamente «los hombres adyacentes». Una especie de observadores que siempre están presentes en acontecimientos trágicos, y cuyo papel parece consistir en atestiguar la historia negra de la humanidad.

En la literatura, rastrea su origen en un cuento de Edgar Allan Poe titulado «El hombre de la multitud». En ese relato, el protagonista persigue por las calles a un viejo de rostro maligno que no tiene destino ni propósito, hasta que se convence de que «representa el arquetipo y el genio del profundo crimen», y que por eso «se niega a estar solo». Carrasco vuelve a encontrar noticias de ellos en un cuento posterior de Ray Bradbury llamado «La multitud». Ahí se relata el pavoroso descubrimiento que hace un hombre al analizar los rostros de la muchedumbre reunida en torno a desastres ocurridos en distintos momentos de la Historia: siempre son los mismos. «Algo tienen en común», sentencia el personaje. «Aparecen siempre juntos. En un incendio o en una explosión, en los avatares de una guerra o en cualquier demostración pública de eso que llaman muerte».

Sus reflexiones avanzan en el tiempo y saltan de la literatura a la vida real. Por ejemplo, relaciona a los hombres adyacentes con el asesinato de John F. Kennedy, y se refiere a una toma específica del filme de Abraham Zapruder (el sujeto que sin sospecharlo filmó el magnicidio con una cámara casera). En ese fotograma aparece la comitiva presidencial pasando por la soleada plaza Dealey segundos antes de los disparos. Frente al coche en el que viaja Kennedy hay una multitud que lo observa. Entre ellos existe un personaje a quien los detallados estudios de los expertos nunca pudieron identificar: un hombre que sostiene un paraguas negro abierto. Para Carrasco es un hombre adyacente: el testigo necesario para que todo mal se consume.

Más adelante, sus reflexiones abordan las fotografías del mexicano Enrique

Metinides, un reportero de nota roja retirado. En ellas se verifica la presencia constante de una muchedumbre de curiosos, incluso cuando no salen a cuadro. Como ejemplo pone la fotografía que captura el momento en que sacan a un ahogado de un lago. La toma de Metinides enfoca el agua y retrata la labor del rescatista, pero sobre la superficie del lago se ve una hilera espectral de personas: la multitud de chismosos que no se pierde ni un detalle desde la orilla. Carrasco reproduce un comentario del propio fotógrafo: «Los mirones son parte de la historia. Todo está incompleto sin ellos».

Podría seguir dando detalles del libro, pero mencioné los más emblemáticos. Carrasco no ofrece una explicación clara sobre la naturaleza de estos seres y la finalidad de su enigmática misión, sin embargo afirma que «están entre nosotros desde el principio de los tiempos». Y termina el libro señalando que su investigación continuará «hasta llegar al fondo del misterio».

Al cerrar el libro pensé que la fama de Carrasco podría haber declinado, pero lo que debía seguir firme, sin duda, era su obsesión con el tema. Intuí que su casa sería el reflejo de una mente paranoica: paredes tapizadas de imágenes y recortes, pilas de carpetas y expedientes acumulándose en el piso, cientos de fichas con anotaciones al respecto. En pocas palabras, una novela titánica que no podía concluir porque era su proyecto de vida. El simple hecho de asomarme a ese abismo de neurosis hacía que valiera la pena encontrarme con Carrasco.

5

Cuando llegué a su casa me decepcioné. Salvo por unas máscaras africanas que adornaban las paredes y tres o cuatro esculturas precolombinas que parecían originales, su hogar era el de una persona común y corriente. Carrasco era un hombre de setenta años de edad, con una barba tan abultada como su vientre; un abuelo bonachón que aparentaba ser una persona normal. Pero no lo era. Todo cambiaba en la biblioteca: allí había volúmenes de todos los temas extraños posibles, incluida una copia facsimilar del legendario *Necronomicón*. Carrasco me mostró orgulloso su colección de libros y me enseñó —aunque no me dejó hojearlo— el grueso manuscrito en el que llevaba años trabajando. Era la continuación de su investigación sobre los hombres adyacentes, y me satisfizo comprobar que, al menos en eso, no me había equivocado. «El primer libro fue sólo el marco teórico», me explicó. «Pero este contiene el trabajo de campo; la praxis, por así decirlo». No estaba terminado: «Aún

falta el último capítulo, pero estoy esperando a mi emisaria para concluirlo», dijo en tono críptico. Yo sabía que me estaba poniendo a prueba, así que lo dejé llevar la conversación, sin presionarlo a revelar detalles.

Después de mostrarme su biblioteca me invitó al jardín para «charlar cómodamente junto a los espíritus del bosque». Nos sentamos ante una mesa de herrería sobre la que depositó una jarra con té negro. «No bebo alcohol», me advirtió. «Si lo hiciera, metido como estoy en temas tan delicados, no sobreviviría. Necesito completa y constante concentración». Me dio la impresión de que era una persona a la que la fama y la exposición mediática habían dejado de interesarle, y que estaba sumergida en asuntos que consideraba más «trascendentales». Eso me gustó. Pensé también que podría ser un hombre en verdad inmerso en temas peligrosos e incomprensibles para la mayoría, y que debido a ello, procuraba no llamar la atención. Eso me asustó.

Carrasco sacó una pipa, la encendió y se quedó largo rato en silencio, mientras observaba las sombras que empezaban a caer sobre nosotros y sobre el bosque que se extendía más allá del jardín. Comprendí que era mi turno:

—Soy amigo de Asunción —fui al grano—. Ella me habló de usted y me dio su libro. También me contó del Taller. Hace tiempo que no sé nada de ella y estoy preocupado. Me pregunto si usted sabrá algo al respecto...

El rostro de Carrasco permaneció inmutable ante mi comentario; sin embargo, su pipa comenzó a lanzar más humo. No supe si me había creído. Mientras su mirada continuaba absorta en la penumbra del crepúsculo, preguntó:

—¿A dónde van los desaparecidos?

El viejo continuaba evaluándome, así que intenté estar a la altura:

—Esa es una respuesta que sólo los hombres adyacentes conocen.

Carrasco me miró con una curiosa expresión. Su rostro seguía impassible, pero sus ojos parecían sonreír. No dijo nada, así que aproveché para pedirle:

—Me gustaría participar en el Taller.

Esta vez su rostro ensombreció.

—Imposible —dijo de manera tajante—. Esa fase del experiento terminó. Además, no tienes el Don.

Iba a hacer la pregunta obvia (¿cuál es el Don?) pero me contuve. En lugar de eso, afirmé:

—El Don que posee Asunción...

—Muchos han venido, pero sólo ella tiene el poder. Lo demostraré en el último capítulo del libro, cuando Asunción consiga regresar.

Los árboles se estremecieron en el bosque y produjeron extraños susurros con el movimiento de sus hojas. Era como si mostraran su aprobación al comentario de Carrasco.

De pronto entendí todo: las personas que intentaban entrar en contacto con los hombres adyacentes desaparecían. Carrasco lo sabía y por eso había buscado

comunicarse con ellos mediante los conejillos de indias de su Taller. Cuando apareció Asunción, él se dio cuenta de que ella tenía el Don para poder regresar y contar lo que había visto...

Como si leyera mis pensamientos, el viejo preguntó:

—¿Acaso no es algo importante? Averiguar el sitio donde están los desaparecidos.

—Pensé que los hombres adyacentes sólo observaban y no se involucraban —repliqué, intentando seguir su conversación.

—Pese a mis esfuerzos, es muy poco lo que sabemos sobre ellos. Desconocemos de dónde vienen y también sus propósitos. Pero he descubierto que están relacionados con las personas que desaparecen en cualquier parte de este planeta. Eso no lo sabía cuando hice el libro anterior: es una de las novedades de mi investigación.

Mientras lo escuchaba, me puse a pensar en cómo sería el Taller, en qué consistiría el método de contacto con aquellos seres esquivos. ¿Ouija? ¿Telepatía? ¿Alguna especie de rito pagano y ancestral? Desde que salimos al jardín observé un círculo formado con grandes piedras en un claro del bosque; eso me hizo inclinarme por la última opción.

—Aciertas —dijo Carrasco, interrumpiendo mis pensamientos. Me di cuenta de que en verdad tenía la habilidad de leer la mente y eso me llenó de terror—. Es tan sencillo y complejo como eso. La proximidad de la naturaleza ayuda, por supuesto. Pero lo más importante es saber entender las señales. En un grimorio leí una frase sabia: *los búhos no son lo que parecen*.

Guardó otra vez silencio y se puso a rellenar su pipa. En ese momento caí en la cuenta de que Carrasco me había dejado entrar a su casa porque quería escarbar dentro de mi cabeza y conocer mis intenciones. Ahora sabía que yo no representaba ninguna amenaza para él, y ya no le resultaba interesante.

—Ella regresará. Aunque en realidad eso a ti no te preocupa.

Estaba desarmado, sólo me quedaba la ironía.

—Supongo que tendré que esperar a que se publique el libro para saberlo.

Carrasco ignoró mi comentario, le dio un par de caladas a su pipa y me miró con intensidad.

—Antes de que te marches —dijo—, hay algo más que quiero contarte. El día que desapareció Asunción ocurrió algo extraño. Me fui a dormir temprano, pues la sesión del Taller me dejó agotado, tanto física como mentalmente. Tuve un sueño intranquilo y recuerdo que toda la noche me revolví en la cama presa de una fiebre interior. Por la mañana, noté algo diferente en la ventana del dormitorio: marcas en el vidrio de la suciedad de un rostro y unas manos. Eran las huellas de alguien que había estado observándome. Les tomé varias fotografías y las analicé con detenimiento. Y créemelo: en aquellas formas no había nada humano. Desde entonces duermo con las cortinas cerradas.

No supe qué decir. Nuestra conversación había terminado y ambos estábamos

conscientes de ello.

—Conoces la salida —dijo—. No es necesario que te acompañe.

Ya era de noche y el jardín estaba a oscuras. Tuve la impresión de que el bosque se había acercado sigilosamente hasta nosotros y que ahora nos encontrábamos dentro de él. Me levanté y balbuceé una torpe despedida. Sentía que si permanecía allí más tiempo los árboles me sujetarían con sus ramas y me depositarían dentro del círculo de piedra.

Mientras abandonaba la casa, escuché sobre mi hombro el ulular de un búho.

DEMONIA

El objetivo del demonio no es el poseso, sino nosotros... los observadores.

WILLIAM PETER BLATTY

I live in the weak and the wounded, Doc.

BRAD ANDERSON, *Session 9*

Aquella madrugada, en medio del calor intenso, del olor a vómito y orina y de los rezos de sus compañeros, hubo un momento de calma en la cocina. Entonces Ismael pudo desplomarse en una silla y dormir. Y soñó. Soñó con una niña que estaba perdida de día en el bosque. La niña encontraba un sendero, y al final de ese sendero había una casa con la chimenea encendida. La niña tocaba a la puerta, y la persona que abría la puerta era ella misma. Con el mismo vestido rojo y los mismos ojos azules. «Déjame entrar», se decía a sí misma, «tengo miedo». «No te puedo dejar entrar», se respondió desde el interior de la casa. «¿Por qué?» «Porque si lo hago se acaba el cuento. El hecho de que yo esté aquí dentro significa que el cuento tiene un final, pero no puedes llegar a él sin antes adentrarte en la noche del bosque». La niña se alejó, resignada y triste. «Asegúrate de poder regresar aquí», se gritó a sí misma desde la puerta. «¿Qué más te da?», se respondió desde el sendero. «Tú ya estás a salvo». «Te equivocas. Si no regresas, el cuento cambia. Y yo cambio también». La niña comprendió. Sonrió maliciosamente desde el sendero y agitó la mano en forma de despedida. Y se alejó, aliviada. Sabía que no iba a volver. Que aquella no era la historia de una niña perdida en el bosque. Era la historia de una casa embrujada.

Todas las miradas se depositaron en el fuego. La madera crujió al partirse y una serie de chispas traspasaron el perímetro de la chimenea y cayeron sobre la alfombra. Ismael las pisó con sus botas hasta extinguirlas; después cogió el atizador y reacomodó los troncos, reavivando las llamas. Pensó en lo que le había dicho años atrás un maestro de la facultad: «A eso nos dedicamos los psiquiatras: a apagar fuegos. Pero también los reactivamos». ¿Cuántos bosques había incendiado en la mente de sus pacientes antes de sofocarlos con toneladas de medicamentos? No lo sabía, y pensó que tampoco importaba.

«Es mejor quemarse que apagarse». ¿Quién había dicho eso? Algún ídolo juvenil en una carta suicida... Miró a sus antiguos compañeros de la preparatoria, silenciosos y pensativos en la estancia de la cabaña, arropados con gorras y jorongos, dando continuos sorbos a sus caballitos de tequila para conjurar la noche helada. Tenían veinte años sin verse y poco de que platicar. Los jesuitas los habían reunido en torno a las aulas a finales de la década de los ochenta y ahora los volvían a convocar en el nuevo siglo, en un retiro conmemorativo en las montañas de Tapalpa. Su generación celebraba dos décadas de haberse graduado. O jubilado, daba lo mismo. La mayoría tenía ahora demasiados hijos, muy poco cabello y menos entusiasmo, según pudo constatar en la comida de bienvenida. Y todos rondaban apenas los cuarenta años. Al día siguiente temprano habría una misa, así que la mayoría se retiró a dormir. Sólo Alma, Alfredo e Ignacio aceptaron la invitación a seguir bebiendo en su cabaña. Con ellos bastaba. Ellos habían visto lo mismo que él hacía años. Eran parte del *episodio*. Y ahora llegaba el momento de provocar un nuevo incendio.

II

El tequila ardía en su garganta, pero en el resto de su cuerpo el frío cavaba agujeros y se metía en lo más profundo. Ignacio temblaba, aunque hacía un esfuerzo considerable por controlarse. Sabía que no había sido una buena idea venir, y ahora lo comprobaba. Los jesuitas fueron amables con él, pero sus miradas estaban cargadas de interrogantes y reproches. Se había tomado un año sabático de la fe y ahora debía decidir si volver al sacerdocio o dejar la Compañía. Y la realidad era que seguía teniendo las mismas dudas. Le dolía haber venido aquí por eso: porque en los retiros que los jesuitas organizaban en la preparatoria había descubierto su vocación y su amor por la Compañía. Mientras sus amigos decidían hacerse médicos o abogados, él se vio a sí mismo siguiendo el espíritu revolucionario de los jesuitas. La Teología de

la Liberación lo había encantado como a una serpiente. Llegó incluso a imaginarse mártir entre las balas, defendiendo la causa de una guerrilla centroamericana. Y ahora su fe intentaba reanimarse como la hoguera que manipulaba Ismael. El problema era que no había dejado de creer en Dios. Había dejado de creer en sí mismo... Bebió más tequila. El frío le había puesto dura la verga, una erección disimulada entre los pliegues del jorongo. Siempre que hacía frío le pasaba lo mismo. Miró a Alma, sentada en el equipal de al lado, sumida en sus pensamientos igual que él y con lo pechos puntiagudos escondidos bajo el jorongo. Pero Ignacio sabía muy bien lo que había debajo. Había visto y tocado. Un recuerdo transformado ahora en sueño recurrente. Deseó abrazarse a ese cuerpo una vez más y comerlo como una hostia. Dio otro trago al tequila. El fuego crepitaba en la chimenea sin alcanzar a hacer nada por sus huesos.

III

Somos tribus cada vez más aisladas, pensó Alfredo. Alguna vez fuimos nómadas; ahora, los nuevos sedentarios nos refugiamos en la familia para huir de nosotros mismos. Pensó en romper el silencio con aquellas palabras, pero no se atrevió. El antropólogo analizando la evolución de las especies. Se rió por dentro, pero sabía que era una mamonería ponerse en ese plan. ¿Cuántos excompañeros se reunieron el fin de semana en el retiro? ¿Setenta? ¿Ochenta? Y entre todos ellos sólo había una única especie: el homo-*matrimonius*. Ah, y el homo-*divorciadus*, si se tomaba en cuenta a sí mismo. Pero un individuo no hacía una especie. Él era una anomalía. También estaba Ignacio, pero no contaba. ¿No se suponía que se había casado con Dios? Los jesuitas eran muy astutos, porque no se negaban ningún placer: fumaban, bebían, comían y cogían como cualquier persona. Y hacían bien. Por cada sacerdote que amaba a una mujer, pensó Alfredo, había un niño a salvo... Una sola especie, nada atractiva para el análisis. Ese era el problema de las reuniones de excompañeros de escuela: no se trataba de una cultura viva, sino de vestigios arqueológicos. ¿Qué pensarán las generaciones del futuro cuando desentierren nuestros huesos? ¿Qué analizarán? Dedos atrofiados por el control remoto, columnas vertebrales vencidas por barrigas prominentes, cráneos carcomidos por la alopecia. A los antiguos egipcios los enterraban con amuletos de escarabajos que los protegerían del juicio de Osiris. A los mexicas con una piedra verde en la boca que simbolizaba al corazón. A nosotros nos sepultarán con nuestras laptops y una tarjeta de red para consultar Internet en el

más allá... Instintivamente, Alfredo sacó su celular y comprobó por enésima vez que no había señal. Necesitaba contactar con alguien de la ciudad, quien fuera. Mandar un mensaje y recibir una respuesta que lo situara en el mundo civilizado. El mundo intangible de las comunicaciones modernas. Pensó en la sabiduría de los aborígenes que hacían señales de humo y volvió a sonreír. Esa noche sería capaz de incendiar su automóvil con tal de poder enviar un mensaje a algún conocido.

IV

El silencio no la incomodaba: en la escuela de teatro había hecho numerosos ejercicios sin palabras; lo que faltaba en aquella estancia poco acogedora era movimiento. Alma vio los cráneos y las pieles de animales adornando las paredes y le pareció que en esa cabaña habitaban demasiadas cosas muertas. Pensó entonces en proponer algún juego de caras y gestos, eso les vendría bien para entrar en calor y romper el bloque de hielo instalado entre ellos a pesar de la chimenea. En la comida todos estuvieron animados y conversadores, pero por alguna razón ahora permanecían ensimismados... Caras y gestos no era buena idea, demasiado infantil; quizá si se pusiera de pie e hiciera alguna rutina de mimo. ¿Por qué tanta quietud? Sólo el fuego y su teatro de sombras que se proyectaba en las paredes. En el convivio previo los había distraído la novedad y el esfuerzo de reconocer algunos rostros y nombres. Pero ahora, ellos cuatro se enfrentaban a un abismo: el de veinte años transcurridos. Un vacío lleno de preguntas y ninguna respuesta. Por eso aceptó la invitación de Ismael a un último trago: prefirió enfrentar la nostalgia en compañía, en lugar de hacerlo en la soledad de su propia cabaña. ¿Se acordaría Ignacio de la noche que fajaron en uno de los retiros de la preparatoria? Había ocurrido cerca de donde estaban ahora, en la casa que los jesuitas tenían en aquella época en Tapalpa. Esa madrugada, Ignacio estaba demasiado borracho; ella, en cambio, lo suficientemente caliente como para estar dispuesta a perder la virginidad sobre las piedras rasposas en las que se refugiaron, mientras se escuchaba *A Forest*, de The Cure, desde una fogata cercana; un *soundtrack* perfecto para el momento: todo le parecía excitante y misterioso, como el bosque que los rodeaba. Se escaparon junto con otros compañeros mientras los jesuitas dormían. Se adentraron en el monte para hacer una fogata y rolar una botella de charanda. A Ignacio no se le paraba, así que ella le bajó la bragueta y comenzó a chupársela. Nunca había tenido una verga en la boca, y al principio la sensación la desconcertó: estaba flácida y sabía a orina, pero conforme

se empezó a poner dura y experimentó el miembro erecto entre sus labios, le entraron ganas de succionar con mayor vigor y deleite, sintiendo cómo a ella misma se le mojaba la entrepierna. No paró de mamar hasta que Ignacio se vino y entonces ocurrió la epifanía: aquella inusitada explosión de semen pasando por su garganta y escurriendo por sus labios, caliente y pegajoso por su barbilla y también por su cuello; era tanta la cantidad que resbaló hasta sus tetas, y seguía saliendo más. Lo que experimentaba era intenso y se dejó llevar por el deseo de embarrarlo en todo su cuerpo: lo untó en sus pezones y en su vientre, en sus nalgas y en sus muslos. Segundos después se encontraba recostada de cara a la luna, sintiendo cómo le palpitaba cada poro de la piel, imaginando lo que sería darse un baño en una tina repleta de semen...

Alma se dio cuenta de que Ignacio la observaba y se ruborizó. Parecía haber escuchado sus pensamientos. Por eso no es bueno el silencio, se dijo, porque la gente se puede meter en tu cabeza. Miró a Ismael junto a la chimenea; parecía que estaba a punto de hablar y se sintió aliviada. A fin de cuentas era como cualquier psiquiatra: presumía de saber escuchar, pero en realidad no podía quedarse callado. Si lo hicieran, se volverían locos. Como sus pacientes.

V

Abrió la boca, pero las palabras tardaron en salir. Ismael fingió entonces que bostezaba para disimular su titubeo. Después dio un par de pasos para situarse en el centro de la estancia y se dirigió a sus ex compañeros de escuela con más decisión.

—En noches como esta se suelen contar historias de miedo —hizo una pausa para asegurarse de que todos lo escuchaban y continuó—. Tenemos el escenario ideal: la noche profunda, el bosque y una fogata. Pero es demasiado... obvio, ¿no creen?

—Narrar cuentos en torno al fuego es el entretenimiento más antiguo que existe —Alfredo se enderezó en el equipal, repentinamente animado—. Lo llevamos en la sangre. ¿Qué tiene de malo?

—Lo único malo es que entre nosotros no hay un narrador —Alma subió las piernas a su equipal y se las cubrió con el jorongo—. Prefiero una historia bien contada a cualquier otro juego tonto; si sacan el dominó, me voy a mi cabaña.

—Carajo, ¿para qué queremos un escritor si aquí tenemos una actriz profesional? —Ignacio pareció cobrar vida de pronto. Siguió hablando, mientras adoptaba ademanes teatrales—. Interpretanos algo, Alma; el fuego es el escenario y nosotros tu

público.

—Podemos hacerlo aún mejor —Ismael retomó la palabra—. Los escritores no son buenos para contar historias oralmente, por eso las escriben. Pero aquí no nos vamos a poner a leer; tampoco a actuar —señaló a Alma—. Y las historias de terror en torno una fogata, insisto, son algo muy trillado. Les propongo algo más original: que cada quien cuente un trauma de la adolescencia. Algo que en verdad les haya sucedido y les haya costado mucho trabajo superar, o que quizá aún no dejan atrás. Y a cambio de esa sinceridad no habrá juicios, ni mucho menos indiscreciones. Lo que aquí digamos, aquí se queda.

—¿Nos vas a psicoanalizar? —intervino Alfredo—. Eso también es muy obvio...

—Para nada. En verdad creo en los traumas como motores de historias genuinas. Los mejores escritores no hacen más que contar sus traumas como si fueran los de otros. Son artistas del contagio.

—Mmm, no sé —Alma dudó unos segundos—. Como que es algo muy íntimo, ¿no?

—Puede funcionar —dijo Ignacio—. Si en verdad todos nos abrimos. Los confesionarios cumplen con su cometido, aunque no lo crean.

—Esa es la clave —Ismael se sentó en el equipal vacío, de espaldas a la chimenea —, la autenticidad. Hoy en día hasta mis pacientes van al consultorio a contarse mentiras a sí mismos —tomó su caballito de tequila de la mesa y continuó—. Y como yo he propuesto esta dinámica, no me queda de otra: seré el que primero cuente su historia.

VI

Tenía varias técnicas para masturbarme en aquella época; algunas se me ocurrían a mí, otras me las compartían primos o amigos, pero me detendré en una en particular. Ahora que lo pienso, era un tanto extraña —quizá todas lo eran: había una que involucraba clara de huevo, otra un pedazo de jamón—, pero esta sin duda rayaba en lo siniestro, porque intentaba sustituir al cuerpo femenino. Consistía en fornicar con una almohada. Y venirse en ella, por supuesto. Después del ajetreo horizontal había que limpiarla, con el asco que ello representaba. Por alguna razón que relaciono con mi formación católica, siempre experimentaba repugnancia hacia mi propio semen, hacia el hecho de *borrar* las evidencias de mi *falta*. Había algo de culpa, pero sobre todo asco. Recuerdo que, por más que limpiara, las almohadas iban acumulando unas

manchas oscuras por dentro de las fundas. Una vez mi madre las detectó, desconcertada, pero las relacionó con una hermana suya que había convalecido recientemente en la casa de una cirugía estética en el rostro. La tía había reposado su cabeza llena de vendas y sondas sangrantes en la cama de huéspedes, y eso evitó un análisis más perspicaz por parte de mi madre. Inevitablemente, una racha de masturbaciones terminaba conduciéndome al confesionario de la iglesia. Cuando llegaba mi turno de hincarme ante el sacerdote, le decía, con la voz más baja posible y siempre temiendo que los de atrás me escucharan: «Padre, confieso que he hecho actos *impuros* con mi cuerpo». No sé de dónde saqué esa frase, pero lo que recuerdo es que el sacerdote —siempre era el mismo— se ponía muy nervioso con mi confesión, y puedo decir que hasta pálido y sudoroso. Pero lo que en realidad quiero contarles es la ocasión que estaba de vacaciones en la capital, en casa de unos primos. Una tarde que todos habían salido y me quedé solo, me metí al cuarto de mis tíos cargando una almohada para saciar mi calentura. La cama era muy grande y quizá fue eso lo que me atrajo hacia esa habitación. En cuanto terminé me quedé tumbado, desnudo y cansado. Estuve a punto de dormirme, pero comenzó a sonar el teléfono en la estancia de al lado. Me levanté, me puse los calzones y abrí la puerta dispuesto a contestar. Entonces pude darme cuenta de que mi tío venía subiendo las escaleras en dirección a su cuarto. Cerré inmediatamente, puse el seguro y corrí a vestirme. Apenas me subía los pantalones cuando escuché el forcejeo de mi tío con la chapa de la puerta. Fui hasta ella mientras él preguntaba quién estaba ahí. Le dije que era yo y que me esperara porque estaba a punto de meterme a bañar. Regresé a terminar de vestirme, pero cuando me abotonaba la camisa —estaban de moda las Polo— él utilizó su llave y entró. Todo era muy sospechoso: había un baño en el cuarto de huéspedes, no tenía por qué estar encerrado yo ahí. Antes de que llegara a donde estaba —había un pequeño pasillo que conducía al dormitorio— alcancé a arrojar la almohada al otro extremo de la cama. Le inventé una historia de que en el otro baño no había agua caliente. Fuimos a revisar y abrió las llaves. Salió agua caliente, por supuesto, pero mi tío se limitó a decir «pues qué raro» y no hizo más preguntas. Supongo que se tranquilizó cuando comprobó que yo no estaba encerrado con su hija, cosa que por cierto intenté una vez sin éxito, pero esa es otra historia. No recuerdo cómo hice más tarde para recuperar la almohada, pero desde entonces y durante mucho tiempo se instaló en mi estómago una sensación desagradable, algo que cargaba constantemente, como si estuviera habitado por una presencia que me rasgaba por dentro cada que pensaba en aquel suceso. No me habían agarrado con las manos en la masa —en la almohada, mejor dicho—, pero sentía una profunda vergüenza. Y, sobre todo, me estremecía pensar qué hubiera pasado si el teléfono no hubiera timbrado en ese preciso momento. Aquella llamada salvadora. Para mí era el argumento de una película de terror.

VII

Ismael tomó la botella de tequila de la mesa y volvió a rellenar su caballito. Ahora que había terminado de gesticular y mover las manos, el frío regresaba a su cuerpo. Sólo su espalda se mantenía tibia por el calor que generaba la chimenea, situada detrás de él. Era inquietante tomar conciencia de esa parte de su cuerpo mientras dejaba de sentir la cara, los brazos y las piernas; como si se transformara en el Hombre Espalda. Recordó un cuento leído en la infancia: un hombre sin brazos ni piernas que se arrastra por la espalda para subir una escalera. Cuando está por llegar a lo alto, se resbala hasta el suelo. El hombre lo vuelve a intentar, con el mismo resultado, en treinta ocasiones. Pero no se rinde: repite sus movimientos de oruga o lombriz una y otra vez, subiendo los peldaños lastimosamente, como si se tratara de una especie de Sísifo de los discapacitados. Cuando por fin logra llegar al siguiente piso, con el torso lleno de magulladuras, se da cuenta de que olvidó por qué quería subir. El lugar está vacío, no hay nada ahí que pueda recordarle su misión. Lo único que ve son las paredes desnudas y el suelo liso. No hay ventanas ni paisaje. Sólo existe él, el Hombre Espalda, llenando con su presencia ese cuarto deshabitado. En ese momento, el Hombre Espalda tiene una epifanía y comprende: él es la razón de ser del relato. Y entonces vuelve a bajar las escaleras...

A Ismael le entró la duda: ¿se trataba en realidad de algo que había leído de niño o de un sueño? Pensó: a veces atribuimos a alguien más lo que nosotros hemos creado, y viceversa. No importa: los mejores relatos tienen la cualidad de hacernos olvidar el nombre del autor pero nunca la trama; son aquellos que regresan a nosotros en forma de sueños. Por lo tanto, los pudo haber escrito cualquiera.

Ismael se dio cuenta de que el silencio se había apoderado nuevamente de la estancia y sé apuró a hablar:

—¿Ven? Es como arrojar a una albferca de agua helada: hay que hacerlo rápido y sin pensarlo, de lo contrario uno nunca se anima.

—Curioso: la almohada como metáfora de la mujer —Ignacio se frotó las manos para generar calor—. ¿Ha cambiado eso en tu vida adulta?

—Dijimos que sin psicoanálisis. Esto se lo lleva cada quien a consultarlo con su propia almohada. Y lo digo sin albur... Y ya que hablaste, Ignacio, es tu turno...

VIII

Existía la leyenda urbana de que si alguien se ponía muy borracho bastaba con colocarle un puñado de hielos en los testículos para que se le bajara. Llegamos a aplicar ese «remedio» en diversas ocasiones y la verdad es que no recuerdo si funcionaba, probablemente porque los que intentábamos revivir al «ahogado» estábamos casi tan borrachos como él. A la distancia me parece que era más bien un método de tortura convenida, pues lo que sí tengo claro es que el borracho en cuestión fruncía el ceño y murmuraba imprecaciones. A más de alguno llegamos incluso a bajarle los pantalones a la fuerza, pues no estaba lo suficientemente noqueado por el alcohol. En cualquier caso, era algo muy divertido. Hasta que te ocurría a ti. Con el paso del tiempo nos llegó a tocar a cada uno de los integrantes del grupo de amigos, lo que me hace pensar que aquel asunto de los hielos se convirtió en una especie de rito. Cuando me pasó a mí, dejé de acudir a las fiestas durante un buen tiempo. Incluso llegué a pensar en cambiarme de escuela. Quizá crean que exagero, pero déjenme continuar con mi historia. En esa ocasión había mujeres en la fiesta, algo poco usual en nuestro grupo. No eran tantas, tres o cuatro, pero ese número bastaba para ponerme nervioso. Una de ellas me gustaba mucho; había intentado acercarme a ella en la escuela, pero ahora que la tenía enfrente lo único que se me ocurrió fue ponerme a beber más rápido. En algún momento de la noche me quedé desmayado en un sillón tras tomarme varios *muppets* al hilo. Como había mujeres, me llevaron al baño para «revivirme» en privado, pretextando ante ellas que me harían vomitar. Me sentaron en la tasa, me bajaron los pantalones y, al momento de ponerme los hielos, tuve una erección. No me pregunten por qué, es algo que siempre me ha pasado con el frío. El caso es que me retiraron los hielos y la verga se me puso flácida. Entonces todos se voltearon a ver maliciosamente. Habían descubierto una variación en la rutina y no la dejarían pasar sin explotarla. Lo que hicieron fue comenzar a frotarme los huevos con los hielos. La erección volvió, junto con una serie de gemidos ahogados que emitía desde el fondo de mi conciencia. Me continuaron masturbando, entre risas, hasta que eyaculé sobre mi propio estómago. Todo esto me fue relatado por uno de ellos días después. Por eso puedo reconstruir los hechos con detalle. De lo único que fui testigo fue de la parte final. Ojalá no hubiera sido así, pero el orgasmo me devolvió unos instantes la lucidez para darme cuenta de lo más aterrador. Por la puerta entreabierta del baño las mujeres habían estado observando todo lo ocurrido. En sus rostros había algo de pena y compasión, pero sobre todo morbo. Lo supe en el momento: para ellas sería desde entonces el Chico Masturbado. Sin nombre ni apellido. Una historia para contar en los pasillos de la escuela. Una anécdota que crece de boca en boca. Una puta leyenda urbana.

IX

Esta vez no hubo un silencio prolongado. El mismo Ignacio levantó su caballito y, con una amplia sonrisa en su rostro, dijo:

—Salud. Por el más famoso de sus excompañeros.

Todos rieron y alzaron sus tragos para brindar. Extrañamente, la atmósfera se había relajado: estaban borrachos y a la expectativa de aquellos pequeños actos de catarsis que Ismael había desatado.

—Yo escuché esa historia en la escuela —los ojos de Alma brillaban en la penumbra, excitados—. Pero no sabía que tú eras el protagonista. Lo juro.

Alfonso metió la mano en la bolsa interior de su chamarra, extrajo un puro y lo puso en su boca, sin encenderlo.

—No le quites sus quince minutos de fama.

—Saquen sus libretas, aún tengo tiempo de repartir autógrafos.

—Dijimos que no escarbaríamos en ninguna historia —Ismael se había levantado a reavivar el fuego—. Sin embargo, sería interesante ahondar en los ritos masturbatorios entre adolescentes. Son comunes en muchas culturas; Alfonso podría hablarnos de eso...

—Él no es el único experto —Ignacio le arrebató el puro a Alfonso y continuó, parodiando el tono solemne de un intelectual—. Los pueblos antiguos ligaban la masturbación con la religiosidad: los egipcios creían que Osiris creó el mundo con una puñeta; los griegos atribuían este gran pasatiempo a Hermes, el mensajero de los dioses; los hindúes pensaban que Shiva inventó la guerra tras ser masturbado por la diosa Agni, y qué decir de Krishna, el rey de la autocontemplación y auténtico emblema de los chaqueteros.

—Brillante —Adolfo comenzó a aplaudir—. Tienes diez, muchacho.

—No es para tanto —Ignacio le devolvió el puro—. Yo también leo el *National Geographic*.

—Te fuiste por un lado más teológico que antropológico —intervino Ismael—. Pero me has hecho pensar en algo: la Iglesia católica es una de las pocas religiones que prohíbe de manera explícita la masturbación. Quizá por eso las historias que contamos están plagadas de testosterona y semen.

—Todo proviene de un equívoco —Ignacio hizo una pausa; le costaba trabajo hablar con la lengua entumecida por el alcohol—. Onán fue obligado por las leyes judías a preñar a la mujer de su hermano y decidió eyacular fuera. Rechazó el incesto y a cambio fue nombrado el santo patrono de la masturbación.

—En eso estamos de acuerdo —dijo Alma, en tono grave; parecía molesta y la sonrisa se había esfumado de su rostro—. La Biblia es un producto de interpretaciones erróneas, como todos los *best seller*...

Se hizo un repentino silencio en la estancia. Alfonso lo aprovechó para atraer la atención.

—¿Querían oírme hablar de ritos masturbatorios? Tengo una historia que puede interesarles...

X

El falo fue la auténtica cuna de la civilización. Los grecorromanos adoraban a Príapo, dios de la fecundidad, al que siempre se le representaba con una enorme erección. Lo ponían en sus jardines para garantizar las cosechas y alejar el mal de ojo y a los ladrones. En los famosos frescos de Pompeya, Sátiro y Pan exhiben sus vergas antropoides a todos los visitantes. En Córcega se han encontrado ídolos con forma de pene de dos metros de alto que datan del año 4000 antes de Cristo. Chinos, fenicios y asirios representaban a sus dioses con entidades fálicas. La cruz egipcia simbolizaba el pene y los testículos. Incluso la siempre timorata y mustia Iglesia católica llegó a aceptar en sus inicios alegorías de santos con tremendas erecciones, y en muchos templos se exhibieron reliquias de penes. Todas las culturas, en efecto, tienen rituales masturbatorios; algunas en la clandestinidad, otras públicamente. En África, los jóvenes de la tribu Kikuyu muestran su educación sexual masturbándose delante de los mayores; en algunas poblaciones indígenas de Colombia aún se acostumbra recibir a los invitados manipulando sus genitales; en otras tribus primitivas los hombres cavan un agujero en la tierra y copulan con ella para fecundarla... Y, sin ir más lejos, mis primos, sus amigos y yo nos masturbábamos en grupo. Teníamos, de hecho, un concurso que consistía en ver quién eyaculaba primero. A veces se trataba de quién arrojaba los mecos más lejos. El ganador se llevaba el dinero que nuestros papás nos daban para comprar golosinas, previamente reunido y depositado en una caja de zapatos. El torneo empezaba de manera curiosa, pues nos estimulábamos viendo los anuncios de revistas tipo *Vanidades* o *Claudia* en las que aparecían mujeres posando con ropa interior; el tipo de publicación que nuestras madres dejaban despreocupadas sobre la mesa de la sala. Sé que es ridículo, pero no teníamos nada mejor a la mano. Después nos colocábamos todos de pie sobre una línea imaginaria, con los pantalones en los tobillos y las incipientes erecciones asfixiadas entre nuestros dedos, y cerrábamos los ojos en un intento por convocar las fantasías que nos hicieran venirnos primero que los otros. Todo esto ocurría en el sótano mientras, en el comedor, los adultos en la reunión familiar de los domingos pasaban a los digestivos, las galletas y el café. Esto que cuento era la rutina normal cuando uno ya era miembro aceptado en el club de masturbadores de los primos y sus amigos,

pero había un rito de iniciación por el que tuve que pasar para ser aceptado. La primera vez que me masturbé en grupo con ellos me dejaron ganar. Aún no salía de mi asombro, jadeante y emocionado por haber vencido en mi debut, cuando de pronto el resto de las vergas apuntaron en mi dirección y arrojaron sus chorros de semen sobre mí. Me cayeron mecos en la playera y en los muslos. En el pelo y en la cara. En mi propia verga ya flácida. Recuerdo que lloré. Que tuve que bañarme, que me prestaron ropa para poder regresar a mi casa y que le inventé a mi madre que me había ensuciado con mierda de perro jugando al fútbol. Pero el real trauma no proviene de aquel día, sino de todas las veces que participé en iniciaciones, de lo mucho que gocé manchando a otros, cebándome en su ingenuidad, estropeándoles el momento. No había lascivia en aquellos actos; quizá eso hubiera sido, a la distancia, menos preocupante. Aquello era maldad pura. Desde entonces, no deja de atemorizarme saber de lo que soy capaz.

XI

Alguien tocó a la puerta. Todos se miraron con expectación, pero nadie dijo una palabra. En cambio, Ismael imaginó que ese podría ser el inicio de una novela: cuatro personas, aisladas en una cabaña en la noche espesa del bosque, conversan en torno a la chimenea. De pronto, reciben una visita inesperada... Los golpes volvieron a sonar, ahora con mayor fuerza, así que Ismael dejó su caballito de tequila sobre la mesa, se levantó del equipal y cruzó la estancia. Antes de abrir la puerta, pensó: «Y esa visita es la de un antiguo amigo muerto». El aire helado le petrificó la cara. Era el conserje del lugar, que llevaba más madera para la chimenea. Ismael apenas pudo mover los labios para agradecerle. Tomó el bulto, cerró la puerta y regresó junto al fuego. Siguió imaginando: «Es un amigo al que todos ellos asesinaron. Pero el muerto no quiere venganza. Sólo desea pasar la noche platicando con ellos porque se siente muy solo». Se frotó las manos y salió de su ensoñación.

—Con esta madera podemos amanecernos contando historias —dijo, mientras sentía cómo el calor devolvía la forma humana a su cara.

—Es el turno de Alma —comentó Ignacio—. Me pregunto si su historia estará exenta de la sobredosis de semen que ha sido el hilo conductor de nuestros relatos.

—La pregunta es otra —intervino Ismael—. ¿Puede nuestra civilización librarse de eso? Alfredo ha dejado muy claro que no.

—A mí no me echen tal responsabilidad. Recuerden que el experto es Ignacio...

Alma miraba la chimenea fijamente. Sin despegar los ojos del fuego, dijo:

—Ya veremos si mi historia puede evadir eso. Pero de inicio, tiene algo diferente: es un relato de fantasmas.

«Eso es», pensó Ismael. «La tesis de la novela podría ser la siguiente: los fantasmas no te hacen nada, pero nunca te abandonan. El daño que provocan no es físico, sino mental. Son un contagio psíquico, el más poderoso de todos, porque contra eso no hay cura».

Y Alma comenzó su relato.

XII

En mi casa siempre se habló de supercherías. Durante las comidas y las cenas se contaban una y otra vez las leyendas de la familia. Que si el abuelo había escuchado una noche a la Llorona. Que si la abuela había visto una sombra cernirse sobre la casa el día que su hermana murió. Que si un pariente había buscado en la región los tesoros enterrados de los cristeros, encontrándose, además de monedas de oro, a los fantasmas que las cuidaban celosamente. Que si mi madre había presenciado cómo una virgen lloraba sangre en la iglesia de un pueblito de los Altos de Jalisco. Nunca vimos a la Llorona con nuestros propios ojos, ni mucho menos las joyas de los tesoros, pero todos escuchábamos aquellas historias con fascinación. De vez en cuando también se hablaba de que a alguien «se le había subido el muerto». Es lo que ocurre cuando despiertas en medio de la madrugada pero no te puedes mover. Por lo general, los protagonistas de estos casos eran conocidos de la familia, hasta que terminó pasándome a mí. Una noche cercana a mi cumpleaños dieciséis lo comencé a experimentar. Y si les ha ocurrido, entonces saben al horror al que me refiero: tienes perfecta conciencia, pero eres incapaz de mover ninguna parte de tu cuerpo. Respiras con dificultad y sientes una opresión en el pecho. Como si, en efecto, alguien estuviera encima de ti, sujetándote con mucha fuerza. Y en ese momento te acuerdas de las historias y piensas que lo que te está aplastando en verdad es un muerto. Como no hay conversación posible, no sabes lo que quiere ni por qué está ahí. Y sigues inmóvil mientras el tiempo se alarga de manera angustiante. Lo más aterrador es que ni siquiera puedes gritar. Cuando se lo conté a mi madre al día siguiente, me llevó a la iglesia a rezar. Pero eso no me sirvió de nada, así que se lo platiqué a una tía que era mi confidente y que por ser la más joven tenía otra opinión de las historias que circulaban en la familia. Ella me llevó a escondidas con un psicólogo. Tras contarle lo

que me pasaba, el hombre explicó que aquel fenómeno tenía un nombre: parálisis del sueño, y ocurría en una etapa denominada MOR, previa al despertar, cuando el cerebro genera más actividad pero al mismo tiempo bloquea las neuronas motrices. Me dijo también que podía ser provocado por un trauma reciente y me preguntó si había algo de eso. Le contesté sinceramente que no. La sesión terminó, mi tía acordó una nueva cita, pero justo en esa época llegó la temporada de exámenes y ya no pude regresar con el psicólogo. Pocas noches después volvió a ocurrir. Ahí estaban de nuevo las mismas sensaciones oprimiéndome, pero sobre todo la desesperación de no poder zafarme. Sin embargo, esa vez hubo algo distinto. En medio de la oscuridad algo tomó forma durante unos segundos. Lo que estaba encima de mí mostró su rostro como en un relámpago. El más aterrador que he visto. No pertenecía a un muerto. Era el rostro jadeante de mi padre.

XIII

Alma se llevó una mano a la boca e irrumpió en sollozos. Después se levantó y cruzó la estancia para encerrarse en el baño. Ignacio se paró también, dispuesto a consolarla, pero Ismael lo detuvo con una seña: era mejor dejarla sola. Alfonso vertió las últimas gotas de tequila en su caballito y finalmente se animó a encender su puro. Una espesa nube de humo flotó en torno a ellos como niebla proveniente del bosque. Minutos más tarde, Alma salió del baño y regresó a su equipal.

—Estoy bien —les dijo, esforzándose por hacer una sonrisa—. Creí que nunca podría contarlo.

—Tranquila —dijo Ignacio—. Como dijimos, nada sale de aquí.

Ismael suspiró. Había estado guardándose algo toda la noche y era momento de soltarlo.

—Ha sido muy emotivo escuchar todas estas historias, en verdad, sobre todo porque pertenecen a nuestros rincones oscuros. Pero me sorprende que nadie haya mencionado el *episodio*. Es algo que hemos estado evadiendo desde que llegamos aquí. Todos vimos a Teresa en la comida, no me digan que no les sorprendió.

—¿Sorprendernos? —Alfonso exhaló el humo del puro mientras hablaba—. Fue absuelta de todos los cargos y liberada hace quince días, ¿por qué no habría de estar aquí?

—Recuerden —dijo Ignacio— que muy pocos presenciamos *aquello*. La mayor parte de los compañeros de generación ignora lo sucedido.

—Pero todos saben que fue acusada del asesinato de sus dos hijos —continuó Ismael—. Y eso no la detuvo a venir.

—¿No lo entienden? —Alma se puso de pie—. Vino a presumir su inocencia... No quiero seguir hablando de este tema. Estoy cansada, me voy a dormir.

—Te acompaño a tu cabaña —Ignacio se levantó también y, dirigiéndose a los demás, dijo—: Nos vemos mañana.

—Yo también parto —Alfonso inclinó la botella para demostrar que estaba vacía—. Mañana compramos más tequila en el pueblo.

Los tres salieron en silencio al viento frío y cerraron la puerta tras de sí. Ismael sabía que no podrían dormir. Desde el *episodio*, ocurrido hacía más de veinte años, ninguno de los cuatro había dejado de pensar en Teresa, y mucho menos podrían hacerlo aquella noche que se encontraban tan cerca de donde había sucedido. Ismael se acomodó en el equipal y, rodeado de las sombras espectrales que arrojaba el fuego sobre las paredes, se sumergió en sus recuerdos.

XIV

En la noche del bosque todas las criaturas son posibles porque no se distingue nada. Alfredo sabía que esa era la base mitológica de muchas de las culturas arcaicas que había estudiado. El poder de la oscuridad como el germen de los temores atávicos. La noche cerrada que nos iguala a todos, hombres prehistóricos y modernos, porque los miedos que produce son los mismos. Ahí estaba él, acostado en la cama, con las cobijas hasta la barbilla y la lámpara de aceite aún encendida sobre la cómoda. En el camino a su cabaña, después de acompañar a Alma e Ignacio a las suyas, estuvo a punto de perderse. Allí no había luz eléctrica y hacía rato que el conserje había apagado las antorchas que iluminaban los senderos. Lo que más le aterró fue la idea de encontrarse con Teresa en medio de aquel agujero negro. Su propia mitología. La que pertenecía al pequeño grupo que presenció el *episodio*. Y ahora ellos habían regresado como en una peregrinación a la sierra de Tapalpa, protohombres en busca de reconocer sus propios trazos en las pinturas rupestres. No estaban en el mismo lugar, para ello tendrían que caminar tres kilómetros hacia la antigua casa de los jesuitas. Probablemente, ahora estaría abandonada y en ruinas. La recordaba muy bien. Era, en realidad, una pequeña escuela. Tenía dos edificios de tres plantas cada uno, divididos por un patio. En uno estaban los salones en los que se llevaban a cabo diversas actividades y la capilla, y en el otro, los dormitorios y la cocina... La cocina,

que aquella noche fue el epicentro del caos. Nadie pudo desayunar ni comer al día siguiente y el retiro tuvo que concluir un día antes de lo planeado. Regresaron a la ciudad en el camión escolar en completo silencio, a diferencia del trayecto de ida, cuando venían cantando, con la música de rock saliendo a todo volumen de una grabadora, haciéndole continuas bromas al chofer. Aunque sólo unos pocos presenciaron el *episodio*, el resto de los compañeros lo vivió desde sus cuartos, donde Joel —el jesuita a cargo del retiro— los había mandado a encerrarse. Alfonso tuvo que salir y entrar en varias ocasiones de la cocina durante el tiempo que duró el *episodio* y pudo darse cuenta de que los gritos de Teresa se escuchaban en todo el edificio. Primero salió en busca del botiquín de primeros auxilios. Después, cuando la condición de Teresa empeoró, Joel le pidió que fuera a la sala de juntas y se comunicara al pueblo, pero la radio no funcionaba. Había una camioneta, además del camión escolar estacionado afuera de la casa, pero era imposible trasladar a Teresa. Cuando regresó a la cocina, Ismael, Ignacio y otros dos compañeros batallaban para mantenerla sujeta a la mesa. Teresa se había arañado el rostro y la sangre le escurría por las mejillas. También se había rasgado la blusa y tenía los senos al descubierto, pero los demás no le daban importancia a ese detalle. A pesar de la situación, Alfonso no pudo evitar mirarlos: eran mucho más grandes de lo que hubiera imaginado. Como si le leyera el pensamiento, Teresa incorporó la cabeza y lo miró con las pupilas dilatadas. Las heridas que se había auto infligido en el rostro la hacían parecer como si estuviera llorando sangre. Con una voz que no era la suya, Teresa le dijo: «¿Te gustan mis tetas, putito? Acércate. Te alimentaré con mi leche como si fueras un santo».

Fue entonces que Joel le puso una mano en el hombro y con la desesperación marcada en el rostro le pidió: «Ve a la capilla y trae el agua bendita».

XV

Alma sabía muy bien por qué la habían mandado llamar a la cocina aquella noche: era la mejor amiga de Teresa. Mientras se desmaquillaba frente al espejo de la cómoda a la luz de la lámpara de gas, recordó la última imagen que tenía de ella antes del *episodio*. Fue durante la mañana de esa jornada terrible, cuando Teresa ensayaba junto con un grupo de compañeras la obra de teatro que montarían dentro de dos días, como evento final del retiro. A Teresa le había costado trabajo convencerlas de que participaran: estaban más interesadas en escaparse con algún chico al bosque que en

perder el tiempo memorizando las líneas que la propia Teresa había preparado. Extrañamente, Teresa no estaba interesada en los hombres de su salón de clase. No al menos en la forma en que las otras chicas y Alma lo estaban. Para ella eran público potencial. Su mundo era la actuación, había participado en todos los montajes del grupo de teatro de la escuela y escribió varios monólogos. La noche anterior, durante la cena, Teresa intentó convencerla de que participara en la obra. Pero Alma no estaba tan segura de querer seguir actuando. Había compartido escenario con ella en algunas representaciones de fin de curso; sin embargo, en ese momento su mente estaba ocupada ideando la manera de poder repetir con Ignacio el encuentro del retiro anterior. Teresa se molestó y se marchó indignada a su habitación, pero al día siguiente ya estaba como si nada, con una amplia sonrisa mientras ensayaba en el patio junto a su desgastado elenco. Quizá eso fue lo que más le impactó del *episodio*: haberla visto tan feliz poco antes. Unas horas después todo cambió. Perdió a su mejor amiga y durante mucho tiempo se culpó de no haber aceptado participar en esa obra de teatro que nunca se representó. Algo dentro de ella le decía que, de algún modo, su negativa había desencadenado la transformación de Teresa. Antes de entrar a la cocina aquella noche, Joel la preparó: «No es Teresa», le dijo, mientras del otro lado de la puerta se escuchaban aullidos de lobo. «Tienes que ayudarnos a recuperarla». Cuando entró, lo primero que notó es que hacía un calor intenso. Todos sudaban profusamente y sus rostros eran una mezcla de agotamiento y miedo. Escuchó una voz extraña que al principio atribuyó a uno de sus compañeros de clase. Fue hasta que se atrevió a mirar a Teresa que se dio cuenta de que era ella quien hablaba. «¡Putade mierda!», le gritó su amiga, mientras los demás la contenían con grandes esfuerzos. «¡Vienes a beberte el semen de tu amante! ¡Quieres mamarle la verga a Ignacio delante de todos, cerda asquerosa!». Teresa le escupió un gargajo espeso que le cayó justo en la mejilla. Alma se quedó paralizada. No sólo por lo que estaba viendo, sino también por lo que le había dicho su amiga. No había manera de que supiera lo de Ignacio. Ella no se lo había contado a nadie.

XVI

Aún quedaban algunas brasas en la chimenea cuando reaccionó. Ismael se levantó del equipal, tomó varios troncos y reavivó el fuego. ¿En verdad los demás estarían pensando en Teresa, como él, o se habrían dormido inmediatamente, anestesiados por el tequila? Había varias cosas que aún le inquietaban de la noche del *episodio*, pero

una en particular rebasaba su comprensión. Conocía el poder de la mente, lo que la autosugestión era capaz de provocar en una psique enferma —y en las personas que estuvieran cercanas a su influencia—. Había visto brotar cosas insospechadas desde los sótanos del inconsciente, pero algo sucedió durante el *episodio* que rebasaba toda lógica. En algún momento de la madrugada Teresa se calmó. Pareció dormirse o desmayarse, y su cuerpo se relajó sobre la mesa de la cocina. En ese lapso de tranquilidad, los ahí reunidos se percataron de todo lo que había salido del cuerpo de Teresa durante sus prolongados ataques y convulsiones: sus ropas estaban manchadas con una mezcla de vómito, sudor, saliva y sangre. También se había orinado. Alma les ayudó a limpiarla y la cubrieron con una cobija. Después pusieron en orden la cocina: había trastes y sillas tirados en el piso, vasos y platos rotos. Ismael recordaba haber visto volar varios objetos por sí solos, pero lo atribuía al estrés de la situación. Al contagio que la mente de Teresa proyectaba sobre todos aquella noche. Una vez que la cocina estuvo limpia y ordenada, Joel les pidió que se hincaran a rezar. Ismael estaba exhausto y nunca había creído en las oraciones, así que se sentó en una silla y se durmió, arrullado por las letanías que encabezaba el jesuita. Y soñó. Soñó con la niña que estaba perdida en el bosque y que se encontraba consigo misma a las puertas de una cabaña. El sueño parecía encerrar un enigma o una advertencia, como algunas de las historias que había leído de niño. Pero nunca pudo saberlo, porque su descanso fue interrumpido. Cuando la niña se alejaba por el sendero tras despedirse de sí misma, lo despertaron ruidos y gritos. Teresa estaba parada sobre la mesa de la cocina. Su espalda, doblada hacia atrás en una posición insólita. Sus cabellos colgantes casi se tocaban con sus pantorrillas. Tenía los ojos en blanco y murmuraba frases en un idioma ininteligible. Los demás volvieron a hincarse e intensificaron los rezos. Habían encendido veladoras que formaban un círculo alrededor de la mesa. Era una situación grotesca, parecía como si en realidad le oraran a una deidad torcida. Ismael sólo tenía dos opciones: hincarse o largarse. Pero hizo algo que no esperaba: se cubrió el rostro con las manos y se puso a llorar.

XVII

Ignacio no se metió a la cama. Se quedó en el umbral de la puerta de la cabaña, escrutando la noche. Los pinos se movían agitados por el viento en una sola e informe masa, como dioses primigenios de la oscuridad. Sabía que de nada serviría encerrarse o esconderse; no había escapatoria posible de Teresa. Daba lo mismo que

estuvieran ahí en el bosque o en la ciudad: Teresa habitaba en las mentes de todos como una presencia. Pensó en su fe vacilante y también en que toda religión se fundaba sobre un hecho traumático; al menos así había ocurrido en el caso de la Iglesia católica. La crucifixión como mito fundacional de una religión que se basaba en la culpa y la mortificación del cuerpo. En la conversión de sus integrantes en fieles devotos de clavos y llagas. Nadie se atrevía a verlo así, pero era la verdad: los cristianos adoraban a un muerto viviente. Era curioso y perverso a la vez: Teresa, siempre tan necesitada de llamar la atención, generó a su manera su propio culto. La noche del *episodio* algo comenzó a germinar dentro de él, y un par de años más tarde ya estaba en el seminario. Los traumas nos definen mucho más que los momentos felices, pensó. Son auténticas epifanías sobre nosotros mismos. La pregunta era: ¿en verdad valía la pena enfrentarlos y borrarlos como los sanadores de mentes predicaban? Mientras se convulsionaba sobre la mesa de la cocina, Teresa había liberado una energía poderosa que los impregnó a todos. En algún momento, logró zafarse de quienes la sujetaban y la mitad de su cuerpo se deslizó hacia el suelo; la cabeza tocó el piso con los brazos extendidos: la cruz invertida. Ignacio vio el poder del mal y se decidió a combatirlo al lado de los jesuitas, la única orden religiosa cuyos miembros entendían en verdad las tentaciones terrenales. ¿Cómo podías combatir los vicios si no los conocías de primera mano? Siempre los admiró por eso, y se regocijaba en la historia de su expulsión del Nuevo Mundo en 1767: eran los rebeldes de una Iglesia tan interesada en los pecadores como en sus bolsillos. Ahora tenía dudas y sabía muy bien por qué. No era en realidad su fe el problema, sino tener que elegir entre dos caminos. Había venido hasta aquí para acercarse a la encrucijada. El tiempo de espera terminaba. La noche del *episodio*, Teresa se lo dejó muy claro. Antes de que se desmayara por última vez, antes de que todo acabara y al día siguiente ella se despertara sin un solo recuerdo de lo ocurrido, lo miró con sus pupilas de animal nocturno y con aquella voz irreconocible, le dijo: «Nos volveremos a ver. El infierno está aquí».

XVIII

Alfredo tenía una explicación para el *episodio*. La había construido a lo largo de los años y tanto sus estudios en la Facultad de Antropología como sus trabajos de campo posteriores le ayudaron a conformarla. Su teoría comenzó a cuajar cuando realizó su tesis de maestría sobre las religiones de posesión en África y Brasil. Lo primero que

le llamó la atención eran las similitudes que estas tenían con la Iglesia católica; no en sus rituales, pero sí en su concepto. Los cultos médico-religiosos arcaicos veían la enfermedad —cualquier tipo— como castigo divino. La enfermedad, por tanto, estaba prohibida. Y el rito de la posesión era utilizado para convertir en señales divinas unas leyes que eran dictadas y aplicadas por los humanos. Lo más significativo era que esas tribus utilizaban la noción del cuerpo para interpretar el mundo. Como le había dicho un maestro de la facultad: «Para los aborígenes, el mundo es poco más que su cuerpo». Todo esto lo sintetizaba la Iglesia católica de manera mucho más práctica y evolucionada mediante el rito de la comunión. En pocas palabras, los fieles a Cristo recibían su cuerpo y su espíritu —se posesionaban— y por esta vía «curaban» sus enfermedades del alma; es decir, les era transmitido un orden conceptual del mundo. Era evidente que si no existía de antemano una creencia en el universo espiritual, las religiones de posesión no eran posibles. La tesis de Alfredo era que existía una construcción cultural de la posesión, inherente a todas las religiones creyentes en un más allá, y que eso había creado un proceso de contaminación de unas a otras, predeterminando la manera en cómo debía comportarse un poseso. Había una regla básica, como señalaba Metraux: «Aquel que entra en trance está obligado a llevar el juego hasta el final». Todo eso estaba muy claro para él. Incluso se tituló con las más altas calificaciones. Entonces, ¿por qué a estas alturas seguía teniéndole tanto miedo a Teresa? ¿Por qué no pudo apartar de su mente el *episodio*? Le parecía que todo lo vivido desde entonces era una consecuencia de aquella noche, incluida la elección de su profesión. Quizá era eso lo que le daba pánico: no saberse dueño de su propio destino. Nada había sido espontáneo, sino provocado. Mirando la débil luz de la lámpara de gas en la cabaña se atrevió a admitir lo que ya sabía: tan sólo era una marioneta en el teatro diabólico de Teresa.

XIX

Cuando terminó de desmaquillarse, Alma apagó la lámpara de gas y se acostó, pero no pudo cerrar los ojos. Se acordó de su etapa de estudiante en la escuela de teatro, antes de que la actividad profesional la llenara de compromisos en los escenarios y de que las giras volvieran agotador su trabajo. Lo que más le había gustado era estudiar, pero no los métodos de actuación, sino la historia misma del teatro. En los numerosos libros que leyó en aquella época encontró algunas respuestas relacionadas con el

episodio. Sobre todo en un capítulo dedicado al teatro helénico. Ahí se relataba que, en la antigua Grecia, los ritos de posesión estaban íntimamente relacionados con el surgimiento de géneros teatrales como el ditirambo y el drama satírico. El ditirambo en particular era una fiesta en honor a Dionisio, conformada por una procesión de danzantes que representaba a los sátiros —compañeros de Dionisio y figuras demoníacas y fálicas por excelencia— al tiempo que hacían cantos monótonos y procuraban la embriaguez extática. Había gente disfrazada, sacrificios de animales y, sobre todo, una necesidad de alcanzar el éxtasis dionisiaco. Los ditirambos contenían la premisa fundamental del teatro —y de toda posesión—: estaban los actores, pero siempre debía haber alguien que observara. La religión, la ceremonia y el culto eran conceptos que estaban detrás ello. Dionisio, además de ser el dios del vino, era el inspirador de la locura ritual. Como señalaban algunos expertos, entre ellos Hillman, la complejidad politeísta griega anticipó los desórdenes psíquicos del hombre moderno. La Iglesia católica, siempre recelosa y oportunista, había intentado simplificar todo aquello, y ahora sus seguidores ignoraban lo que afirmaban otros autores que Alma leyó: que el rito de la comunión fue influido por el culto a Dionisio. Era la única deidad griega que era percibida *dentro* de sus seguidores, y además transformaba el agua en vino... Teresa siempre cargaba libros de mitología; debió conocer esas ideas mucho antes que ella. Para Teresa, el teatro era una religión. Y no hizo más que buscar adeptos. Alma no tenía dudas: aquella noche, Teresa montó una puesta en escena grotesca, un *performance* satírico con el objetivo de demostrarle el poder de la actuación, de convencerla para seguir ese camino. Y lo había logrado.

XX

Opistótonos. Era el término médico para referirse a la postura imposible que Teresa adoptó la noche del *episodio*. Ismael lo estudió en su paso por la Facultad de Medicina. Era algo que les ocurría a las personas con un severo caso de tétanos. Los espasmos musculares y la rigidez ocasionada por la bacteria *Clostridium tetani* provocaban que el cuerpo se doblara hacia atrás, en forma de C invertida. Un cuadro del siglo XIX, realizado por el pintor y médico escocés Charles Bell, retrataba de manera dramática este padecimiento. Pero había un pequeño detalle: las personas que sufrían dicho padecimiento tenían la infección en un estado muy avanzado y por lo general ya no había cura. El paciente moría en la mayoría de las ocasiones o quedaba con terribles lesiones en la espina dorsal. Teresa no estaba infectada de tétanos. Su

opistótonos había sido causado a voluntad —o al menos eso parecía—. Al día siguiente, su postura era la de siempre. Existían, por supuesto, otras maneras de explicar el comportamiento de Teresa. El psicoanálisis ofrecía varias de ellas, pero a Ismael le interesaba en particular la de Freud, quien se había ocupado en su momento de lo que denominaba como «la enfermedad demonológica». El médico austríaco atribuía los casos de posesión a la histeria y a las fantasías neuróticas producidas por un trauma severo, generalmente ligado a la ausencia de la figura paterna. Para Freud, los demonios o «seres anímicos» se originaban en «la vida interior de los enfermos, donde moran». Ismael sabía que Teresa había perdido a su padre en un accidente automovilístico cuando era una niña. Poco después de recibirse como médico psiquiatra pensó en buscar a Teresa y ofrecerle una terapia gratuita para explorar la pérdida paterna, e incluso imaginó que en una sesión de hipnosis podría hacerle revivir el *episodio*. Sin embargo, desistió pronto porque se dio cuenta de que aquello lo hacía sentir como si todos sus años de estudio no tuvieran más propósito que el de seguir pensando en ella, que su sombra era una influencia más grande de la que estaba dispuesto a aceptar...

El demonio como sustituto del padre, pensó mientras arrojaba un tronco más a la chimenea de la cabaña. Pero también estaba el opistótonos. Había cosas que la razón no podía explicar. En ese umbral habitaban las criaturas como Teresa. Y él ya no tenía armas para seguir luchando. Ismael comprendió: había venido a rendirse.

XXI

Los problemas del mundo comienzan cuando no se pueden distinguir claramente las cosas. Por eso, la oscuridad representa una amenaza ancestral. En sus años como sacerdote, Ignacio había intentado dividir los territorios del alma como se lo habían enseñado: el bien y el mal, el día y la noche, pero en la realidad el mundo no funcionaba así. Existían demasiados matices. Contrario a lo que pregonaba la Iglesia católica, no era lo más indicado huir de las tinieblas: había que adentrarse en ellas, acostumbrar los ojos a la oscuridad porque sólo aprendiendo a ver a través de la noche se podía observar la auténtica naturaleza de las cosas. La Iglesia católica tenía un bagaje histórico de ambigüedad, por más que intentaran eliminar toda evidencia. Los primeros santos, por ejemplo, se habían comportado de manera muy similar a los poseídos. Comían insectos, pus y vómitos, e incluso excrementos en su afán por mortificarse. La diferencia radicaba en que los santos alcanzaban el éxtasis

revolcándose en las inmundicias. Este y otros detalles no habían escapado incluso a algunos artistas. ¿Por qué en algunos cuadros novohispanos las vírgenes amamantaban a los santos con un chorro de leche que salía de sus pechos? No podía pensar en algo más perverso. En el terreno de las cosas torcidas, las cofradías de flagelantes del Medioevo ocupaban un lugar especial: se consagraban al culto de la Inmaculada Concepción y azotaban su cuerpo con el propósito de transformarlo en el cuerpo virginal de María, en un acto de travestismo místico que buscaba borrar el pecado original. Lo señalaban varios académicos, entre ellos Roudinesco: a fuerza de recurrir a los excesos y las transgresiones, los flagelantes acabaron por ser vistos como poseídos por las pasiones demoníacas que pretendían doblegar. Estaba también el caso de Ludivina Schiedman, la mística holandesa que permaneció postrada en su cama durante treinta años, y cuya historia Ignacio estudió con fascinación. Obsesionada con la idea de salvar el alma de la Iglesia, se transformó en una auténtica posesa: tenía llagas, epilepsia e incluso se dislocó algunos miembros por voluntad propia. Como no moría, durante algún tiempo fue sospechosa de herejía. Años después la canonizó el papa León XIII... En el seminario le enseñaron que la frontera que dividía al bien del mal era delgada, y que por eso había que permanecer con estoicismo del lado de la luz. Pero eso era falso, un lugar común y una cobardía. Ahora estaba seguro de que su crisis de fe no provenía de la duda de la existencia de Dios, sino de la creciente certeza de que Dios y el Demonio eran lo mismo. Se equivocó al pensar que tenía dos caminos. Sólo existía uno.

Ignacio cerró la puerta de su cabaña y con paso firme se adentró en la oscuridad.

XXII

Los troncos se consumieron y quedaron las puras brazas. Ismael ya no tenía ánimos de arrojar más leña en la chimenea. Tampoco quería seguir pensando en el pasado; se sentía agotado y con el estómago revuelto. Él mismo había puesto en marcha aquella catarsis colectiva y ahora no tenía la menor idea de cuál era el siguiente paso. Miró el reloj: aún faltaban un par de horas para que amaneciera. No tenía sueño. Se sentía atornillado al equipal, incapaz de cualquier movimiento. Le pesaba el cuerpo, pero sobre todo la cabeza, como si sus reflexiones nocturnas se hubieran solidificado en su mente. Se quedó mirando cómo las brasas se extinguían y por algunos segundos consiguió dejar de pensar en Teresa. De pronto, alguien tocó a la puerta, sacándolo de su trance. Se levantó con dificultad y se dirigió a la puerta mientras los golpes

sonaban con mayor fuerza. No se detuvo a pensar qué le esperaba del otro lado. Abrió y en el umbral se encontró con Alma y Alfredo, visiblemente agitados. No tuvieron que hablar para que Ismael se diera cuenta de lo que les preocupaba: por encima de sus hombros, a lo lejos, se distinguía un gran incendio que alzaba sus llamas hacia el cielo nocturno.

—¿Qué ocurre? —les preguntó, sin dejar de mirar hacia el fuego.

—No sabemos —respondió Alfredo—, pero tememos que el incendio se extienda hasta acá.

—¿Dónde está Ignacio?

—Pasamos a su cabaña —dijo Alma— pero no estaba. Parece que todos se han marchado.

—¿Todos? ¿Sin nosotros? Espérenme...

Ismael se metió a la cabaña y regresó con una linterna.

—Vamos a revisar —dijo, encendiéndola.

Los tres avanzaron por el camino de grava que recorría las cabañas. Ismael iba dirigiendo la luz hacia las puertas: todas estaban abiertas y no se veía a nadie dentro. Parecía como si hubieran evacuado el lugar de manera precipitada. Al dar la vuelta en una curva del sendero vieron una cabaña con la luz encendida. Era la única iluminada, y destacaba en la oscuridad como un recinto inmaculado. Sobre el umbral de la puerta abierta había un rectángulo de cerámica con el número nueve. Alfredo los detuvo a unos pasos de la entrada.

—Es la cabaña de Teresa —les dijo.

—¿Cómo sabes? —preguntó Alma con voz temblorosa.

—Fui de los últimos en llegar. Revisé la hoja de registro.

A lo lejos, la columna de fuego parecía crecer. —Entremos —dijo Ismael—. De todos modos, nunca hemos podido escondernos de ella.

Se adelantó y cruzó la puerta.

XXIII

Adentro no había nadie. Todo estaba en orden, salvo por algunos extraños detalles: no había ropa en el armario, ni se veía una maleta por ningún lado. La cama estaba tendida y parecía no haber sido utilizada.

—Bueno —dijo Alfredo—, al menos ya sabemos quién se marchó y no piensa regresar.

—No estés tan seguro —intervino Alma—. Yo la vi llegar y recuerdo que no traía maleta.

—Miren —Ismael estaba inclinado sobre la mesilla de noche. Levantó un papel y se los mostró—. Es una carta.

Alma y Alfredo se acercaron, colocándose a los costados de Ismael. Los tres leyeron en silencio:

Queridos Alma, Ismael, Ignacio y Alfredo:

Lamento que no hayamos podido vernos, pero así es como decidí que ocurrieran las cosas. Antes de que intenten alcanzarme, he de aclararles algo importante. Sé que ustedes piensan que maté a mis hijos. Pero les aseguro que no fue así, porque esos niños a los que asesiné con mis propias manos, hundiendo sus cabezas en el retrete, no eran mis hijos. Mis auténticos hijos son ustedes cuatro, como ya han podido darse cuenta a estas alturas. Yo los hice aquella noche de hace más de veinte años. Ustedes son quienes son gracias a mí y representan mis más perfectas criaturas. Sin embargo debo dejarlos pues regresaré al lugar de donde provengo. Me he llevado conmigo a todos los ex compañeros. Una pequeña cuota de peaje. No lo lamenten: se tienen a ustedes cuatro. Deben permanecer unidos y orar por mí. Es su misión de ahora en adelante. Difundan la buena nueva: el fuego camina conmigo, con ustedes, con todos.

Los ama eternamente,
Teresa

Ismael dejó la carta sobre la mesilla de noche y salió de la cabaña. Miró en dirección del incendio e intentó imaginar una ruta para llegar hasta él. Alma y Alfredo se le unieron. No había ningún ruido; parecía como si los animales nocturnos guardaran silencio para ocultarse del fuego.

—¿Será acaso la...? —Ismael no se atrevió a decir el nombre.

—Creo que sí —dijo Alfredo—. Por la ubicación. Deben ser dos o tres kilómetros. Pero no podemos ir así, desprotegidos. El conserje tiene una escopeta en su garita.

Corrieron en dirección a la entrada del complejo de cabañas. Pasaron por el estacionamiento mientras Ismael iluminaba los parabrisas de los automóviles con la linterna: todos estaban en su sitio. Entraron en la garita del conserje y vieron que había sido saqueada: la vitrina en la que guardaba la escopeta tenía el cristal roto. El tablero de madera en el que antes colgaban las llaves de los coches ahora estaba vacío.

—Tendremos que llegar a pie —dijo Ismael.

Nadie objetó. A través de la ventana se veía el incendio. La antigua casa de los jesuitas ardía con violencia bajo el cielo estrellado.

XXIV

Salieron del perímetro de las cabañas y se adentraron en un camino de terracería. A esa hora no pasaba ningún vehículo; sólo estaban ellos y el sonido de sus pasos sobre la tierra. Respiraban por la boca abierta, arrojando bocanadas de vaho. A un costado de la brecha distinguieron unas sombras inmensas: el conjunto de formaciones rocosas que era uno de los sellos distintivos de Tapalpa. Ahí acudían en sus tiempos de estudiantes para emborracharse y escalar las piedras; en varias ocasiones habían convertido el lugar en un cementerio de cervezas y basura.

—Detrás de las *piedrotas* está la casa —dijo Alfredo—. Por aquí podemos cortar camino.

Levantó uno de los alambres de la cerca que separaba el camino del campo y les indicó a sus compañeros que cruzaran al otro lado. Después, cuidando de no lastimarse con las púas, agachó la cabeza y metió el cuerpo. Los tres avanzaron en silencio, intimidados por aquellas presencias ominosas.

Ismael recordó sus borracheras sobre las piedras, en noches de luna llena y cielo despejado. Siempre le parecieron seres pensantes, sabios gigantescos que los veían vomitar y mearse como quien observa a una hormiga caminar por su brazo. Las *piedrotas* habían estado antes que ellos, y ahí seguirían: los auténticos habitantes del bosque. La misma impresión tuvo en ese momento que pasaban junto a ellas, rumbo a un destino incierto. ¿Podía la naturaleza sentir compasión de los hombres? Le dieron ganas de volver a ser un adolescente ebrio y despreocupado, de reencontrarse con el muchacho que era antes del *episodio*. La leyenda decía que en las *piedrotas* se aparecían los fantasmas de unos niños, y era verdad: se trataba de los espectros de él y todos sus excompañeros de clase, sombras de un tiempo tan muerto como lejano. Una ráfaga de viento sopló e Ismael creyó escuchar un eco de risas. Se subió el cuello de la chamarra y apresuró el paso. Debe ser horrible ver un alma en pena, pensó, pero nada tan escalofriante como encontrarte con tu propio fantasma.

Cuando rodearon las piedras el incendio apareció de nuevo ante ellos, sobre la cima de una pequeña cuesta. Estaban tan sólo a unos metros. Ninguno titubeó cuando enfilaron hacia el fuego. Sólo Ismael volteó atrás para lanzar una última mirada a las piedras: vio el incendio reflejado en ellas y también las siluetas de unos niños que se alargaban entre el resplandor rojizo de las llamas.

XXV

Llegaron a la cima de la colina y vieron a una figura que se recortaba contra el fuego. Tenía una escopeta. De la antigua casa de los jesuitas sólo quedaba en pie uno de los edificios; estaba envuelto por la llamas, los cristales de las ventanas habían reventado y parte del tejado empezaba a desprenderse. No había nadie más. Los tres se acercaron a la figura que contemplaba el incendio en una especie de trance.

—Se los llevó —dijo Ignacio, con el rostro descompuesto—. Se los llevó a todos. Llegué demasiado tarde para impedirlo.

—¿Estás diciendo que los encerró y los quemó? —preguntó Alma, incrédula.

—No: estoy diciendo que los trajo hasta acá y los hizo atravesar el fuego junto con ella.

—En verdad era una demonia —dijo Alfredo, que miraba el fuego con una mezcla de fascinación y espanto.

Ignacio se volvió hacia ellos.

—Teresa nos creó aquella noche. ¿No la convierte eso más bien en un dios?

—¿Por qué nos dejó a nosotros cuatro? —dijo Alma, con más confusión que miedo—. ¿Por qué no nos hizo nada?

—Porque nosotros le hemos rendido culto desde hace años —respondió Ignacio. Sus dotes de predicador se reanimaban desde lo más profundo de su ser—. Somos quienes la mantenemos viva. Toda religión necesita de sus fieles. Y de un mártir. Cuando llegue la policía, diremos que Teresa murió intentando salvar a nuestros compañeros.

—Aún queda una salida —intervino Alfredo—. Tenemos la escopeta. Si nos suicidamos no habrá quien la venere. Será nuestra manera de acabar con ella...

—¿No comprenden? —los reprendió Ignacio—. La única manera de derrotar a un mártir es impedir que se inmole. Ella ya se fue. Ganó la partida. Además —agregó, ofreciéndoles la escopeta—, ¿quién se atreve?

Se miraron los unos a los otros en silencio. Nadie cogió el arma.

—Un momento —dijo Ismael, señalando con el dedo a Ignacio—. Tú pudiste haberlo hecho: escribir la carta, dejarla en la cabaña de Teresa y después forzar a la gente a venir aquí. Pudiste haberlos encerrado y quemado tú mismo. ¿Cómo creerte si no hay más testigos?

—Es una posibilidad. Pero recuerda que todo esto siempre ha tenido que ver con Teresa, y no conmigo... Las religiones se basan en los dogmas. No tenemos más que estos hechos, y mi palabra. Deben *confiar*.

El techo de la antigua casa de los jesuitas colapsó y se hundió hacia el centro de la construcción. Tras el estruendo y la polvareda, las llamas se reavivaron. Una columna de fuego se alzó por encima de los muros. Parecía la zarza ardiente de los relatos bíblicos.

Los cuatro cayeron de rodillas y comenzaron a rezar.

NOTA

Comparto con los lectores algunas dudas, que me surgieron cuando terminé el libro, lo revisé y pude analizarlo en su conjunto: ¿el paciente X del relato «Moscas» es el mismo paciente X que aparece en «El Gran Mal»? ¿El escritor de «Samaná», quién compra un libro titulado *Montañas de locura. Usos y costumbres del Manicomio General La Castañeda*, es quien después escribe «El Gran Mal»? ¿Los observadores sugeridos en el cuento «El contagio» encuentran su genealogía en «Los búhos no son lo que parecen»? No tengo respuestas a estas preguntas. El escritor a veces planea ciertas cosas en sus relatos, pero es verdad que estos cobran vida, encuentran sus propias conexiones y terminan sorprendiéndolo. Es lo mejor que puede pasar: si el mismo autor se ve envuelto en el misterio de sus creaciones, es probable que a los lectores les pase lo mismo.

También hay algunas cosas que quiero decir sobre el cuento que da título al libro. Se basa en un hecho real, aunque no abundaré al respecto por obvias razones. Pero sobre todo me parece relevante comentar que estudié la secundaria, la preparatoria y la universidad en escuelas dirigidas por jesuitas, y que una parte importante de mi educación está estrechamente relacionada con ellos.

Por último, consulté diversos libros y documentales durante la preparación de dicho relato, pero destacaré el ensayo «El cuerpo sagrado. Acerca de los análisis de fenómenos de posesión religiosa», de Fernando Giobellina Brumana, que me fue de mucha utilidad.



Bernardo Esquinca (Guadalajara, 1972) es autor de las novelas *Belleza roja* (2005), *Los escritores invisibles* (2009) y *La octava plaga* (2011). Está incluido en la antología *Grandes hits Vol. 1. Nueva generación de narradores mexicanos* (Almadía, 2008). Su libro de cuentos, *Los niños de paja* (Almadía, 2008), recibió elogios de la crítica: «Frescura de leer a este autor. No necesariamente por su edad sino por la contundencia de su escritura, por la seguridad seguida de la claridad» (*Milenio*); «Un interesante esfuerzo por reunir y contar de nuevo algunos de los temores del hombre contemporáneo» (*La Tempestad*). Vive en el lugar que inspira la mayor parte de sus historias: el centro de la Ciudad de México.